

**Cuéntanos**



# Cuéntanos

VIII Concurso de Cuentos Interculturales

Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia  
DIPUTACIÓN DE ALMERÍA | 2014

COLECCIÓN LETRAS  
Serie Narrativa. nº 91

Cuéntanos tu compromiso

VIII Concurso de Cuentos Interculturales

© Textos: Los autores

© Edición: Diputación de Almería  
[www.dipalme.org](http://www.dipalme.org)

Promueve: Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia  
Diputación de Almería

Coordina: Isabel Garzón Garzón

Diseño y Maquetación: M<sup>a</sup> Isabel Muñoz Cano

Dep. Legal: Al -1057-2014

Primera edición: octubre 2014

Impresión: Imprenta Provincial

Impreso en España

# ÍNDICE

**PRESENTACIÓN 7**

**PRÓLOGO: Hacia el humanismo 9**

**MODALIDAD ESCOLAR DE PRIMARIA**

**UN MUNDO QUE AL FINAL FUE FELIZ 13**

Sonia Galdeano Ortega, 11 años.

Primer Premio.

*Colegio Británico St. George´s School, Roquetas de Mar, Almería.*

**EL ENCUENTRO 21**

Olga Enciso de Lara, 11 años.

Segundo Premio.

*C.E.I.P. San José de Calasanz, Huércal Overa, Almería.*

**LA CAMPAÑA SOLIDARIA 29**

Martina Ferraro Munarín, 12 años.

Accésit.

*C.E.I.P. Ex Mari Orta, Vera, Almería.*

**EL MEJOR VERANO DE TANIA 35**

Darina Grebenschikova 11 años.

Accésit.

*C.E.I.P. San Fernando, Almería.*

**LO QUE LAS HOJAS TRAJERON 41**

Bárbara Azcona Santa Marina, 11 años.

Accésit.

*Colegio Británico St. George´s School, Roquetas de Mar, Almería.*

**MODALIDAD ESCOLAR DE SECUNDARIA**

**CONTRASTES 47**

Blanca Medialdea Zapata, 15 años.

Primer Premio.

*Colegio Altaduna, Roquetas de Mar, Almería.*

**EL COMPROMISO DE ABDOU 55**

Teresa Sánchez García, 13 años.

Segundo Premio.

*I.E.S. Cura Valera, Huércal Overa, Almería.*

**A FLOR DE TODOS LOS COLORES 63**

Violeta Ruiz Azorín, 15 años.

Accésit.

*I.E.S. Sierra de los Filabres, Serón, Almería.*

**GLORIA ROLDÁN 69**

Sara Aragonés Cortés, 13 años.

Accésit.

*Compañía de María, Almería.*

**UN RECORRIDO HACIA LA FELICIDAD 81**

Lucía Gómez Cerezo, 13 años.

Accésit.

*C.I.E.P. Antonio Devalque, Rioja. Almería.*

**MODALIDAD GENERAL**

**LA ALAMBRADA 89**

Yose Álvarez Mesa.

Primer Premio.

*Arnao, Asturias.*

**AHALYA 95**

M<sup>a</sup> Ángeles Mata Martínez.

Segundo Premio.

*Almería.*

**LA LEONA QUE JUGABA AL PARCHIS 105**

Moisés Salvador Palmero Aranda.

Accésit.

*El Ejido. Almería.*

**LA MISIÓN DE HUGO 115**

María Begoña García Toledano.

Accésit.

*Pechina, Almería.*

**CALLEJEROS 123**

Juan Antonio Marín Rodríguez

Accésit.

*Rioja, Almería.*

## PRESENTACIÓN

Es para mí un honor y un motivo de gran satisfacción compartir un año más con ustedes este libro ***Cuéntanos tu compromiso*** que acoge los cuentos finalistas del concurso realizado en 2014. En ellos se transmiten los mensajes que permiten la reflexión y la convivencia. Es mi deseo que disfruten con su lectura.

Es intención de la Diputación de Almería mantener y fomentar esta iniciativa que se viene realizando en el ámbito provincial y continuará creciendo mientras crece la convivencia que todos deseamos, convocando anualmente a la ciudadanía de todas las edades, orígenes y condiciones a su participación.

Es en el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia desde donde se desarrolla proyectos en el marco de la sensibilización para favorecer la interculturalidad y el enriquecimiento personal y social desde la perspectiva de la pluralidad.

Aprender a vivir juntos es, sin duda alguna, uno de los retos fundamentales de la sociedad del siglo XXI. La primera condición para que pueda darse este aprendizaje es el contacto físico, compartir tiempos y espacios. Pero ese contacto físico no es condición suficiente, sino que también es necesario el conocimiento y el reconocimiento, la relación, y el diálogo, la colaboración, los vínculos personales, la creación y progreso de los valores, para hacer cosas juntos.

Es nuestra prioridad, en este proyecto, los centros educativos, como una de las instituciones donde la diversidad cultural plantea mayores desafíos y, por ello, mayores posibilidades de encuentro y diálogo intercultural. También es el marco más neutro donde desarrollar la incipiente ciudadanía, desde los valores en los que aprendan a participar e interactuar en actividades comunitarias insertas en el centro en el barrio, la ciudad o del pueblo.

Estos cuentos nos permiten participar de forma activa en los grupos de referencia y contribuir a mejorar actitudes, valores y estrategias para el aprendizaje de la convivencia. Aprender a ser demócrata es ante todo aprender a poner en práctica los valores y las reglas de la democracia con espíritu crítico, con racionalidad y con responsabilidad.

Nos sentimos satisfechos de poner a disposición de ustedes, este libro que, estamos seguros, va a despertar la creatividad y el compromiso por seguir construyendo y avanzando hacia una sociedad en la que la interculturalidad va cediendo el paso a una ciudadanía transnacional, transcultural. Probablemente nos acerquemos cada vez más a un modelo en el que la comunicación se haga más presente, el intercambio de informaciones, constante. Tenemos entre todos el reto de construir una sociedad desprovista de prejuicios, de estereotipos y de ideas preconcebidas

Quiero aprovechar esta ocasión para agradecer a todas y a todos los que con vuestra generosidad hacéis posible esta oportunidad de encuentro y reflexión y construir y mantener un nuevo espacio de convivencia, desde los valores, porque no solo es labor de la Diputación como administración pública, sino de todos los almerienses.

*Presidente de la Diputación de Almería*  
Gabriel Amat Ayllón

## HACIA EL HUMANISMO

*He llenado mi vaso de agua clara*  
Francisco Villaespesa

El libro que hoy tenemos entre las manos y podemos disfrutar, recoge los trabajos premiados en el VIII Concurso de Cuentos Interculturales, *Cuéntanos tu compromiso*. Representa todo un compendio de situaciones y emociones gratificantes y reivindicativas que se adentran en lo más profundo del ser para indicarnos un recorrido necesario que derrumbe las barreras existentes en la sociedad actual, una apuesta urgente que es preciso solventar a ritmo de entusiasmo, sensibilidad y esperanza.

Desde el Área de Bienestar Social, Igualdad y Familia de la Diputación de Almería se trabaja para lograr la sensibilización de una sociedad que crece vertiginosamente a ritmo del no siempre acertado progreso. Una sociedad que se esfuerza por habitar un amplio espacio humanista que ha de traducirse en respeto por el entorno sociocultural, desde la integración y la diversidad a la hora de conjugar elementos enriquecedores y solidarios. Como las páginas de este libro. En este sentido, la gran participación de alumnos y alumnas de centros educativos de Primaria y Secundaria, así como los que han enviado sus trabajos incluidos en la categoría de adultos, ha cumplido la esencialidad del objetivo.

En el mundo actual, tantas veces aséptico y desilusionado, es necesario un camino que alumbre la dignidad del ser humano. Una reeducación sentimental que aúne el compromiso social, apostando por la riqueza machadiana, en reivindicación de los más altos valores humanistas. Es necesaria la sensibilización, a gran escala, de cuanto significa acercarnos al ámbito de la inmigración, las pautas representadas en la cotidianidad

de los días, las injustas proporciones, esa franja que separa las vivencias de quien más tiene y el que más lo necesita. El trabajo en equipo es sustancial en el momento de conseguir logros. El ser humano es primordial y hemos de ser conscientes de que ha de existir el imprescindible compromiso. La necesidad de un humanismo solidario que nos convoque a ese milagro que nace de una mirada personal, espacios que sobrecogen y nos abrazan, el arraigo de una realidad que se llena de secuencias, algunas sobrecogedoras, para abordar la geometría de un destino que nos lleva a contemplar cada verdad, ya sea individual o colectiva, con los ojos del alma.

Así podemos contemplarlo en estos relatos que nos envuelven con imágenes llenas de hondura, valores humanos que se asoman por una ventana creativa, desde la vigilia hasta el ocaso, atravesados por los mares de la imaginación, la fantasía y, por supuesto, el realismo. Desde la verdad, la belleza y la bondad, contenidas en el ideal platónico de reconsiderar un trayecto. Desde la dignidad y el pensamiento alentado por la palabra, frente al desencanto y el enclaustramiento de tantas voces dormidas, ante el caos azaroso y el universo desordenado de los siglos, reclamando cánones de justicia y la más honda espiritualidad del ser, vertidos en la fidelidad y en la impronta mágica de la escritura.

Consolidado el abrazo a través de relatos que conexian a los seres humanos con la palabra, heredando el bagaje cultural y la sensibilidad estética, pequeñas grandes historias que llenan todo un mundo, la profunda relación entre la sociedad y esa voz íntima, llena, profunda y tan llena de esencia. Consolidar la conexión con el arraigo y el compromiso a través de unos relatos que transmiten verdad, junto a lo insólito y los constantes asombros.

Todo un mapamundi de conceptos que llevan a la reflexión a través de unas páginas que salvaguardan el compromiso humanista, solidario, que remueve conciencias a favor de la solidaridad, lejos de la intolerancia, ante las paradojas de la vida. La pasión por saber revelar e interpretar los signos de un tiempo. Una sociedad que debe aspirar a la igualdad social, al derecho a vivir en paz y en convivencia. Una lúcida reflexión en el momento de sentir la fragilidad de la naturaleza humana, la habilidad para crear y compartir historias, lejos de las fronteras y los momentos cercanos a la indiferencia.

Historias como las incluidas en este libro. La capacidad inmensa de observar, de comprender, en definitiva, de vivir. La dimensión que tiende a concebir la autenticidad de la existencia, la coherencia por principio, ante la sinrazón, ante el desasosiego, en la habilidad de contar relatos tan llenos de singularidad y alentadores mensajes.

El otoño de un árbol ha de resistir las inclemencias, amparado en sus raíces, también después de la lluvia. La humanidad, como única patria.

Pilar Quirosa-Cheyrouze

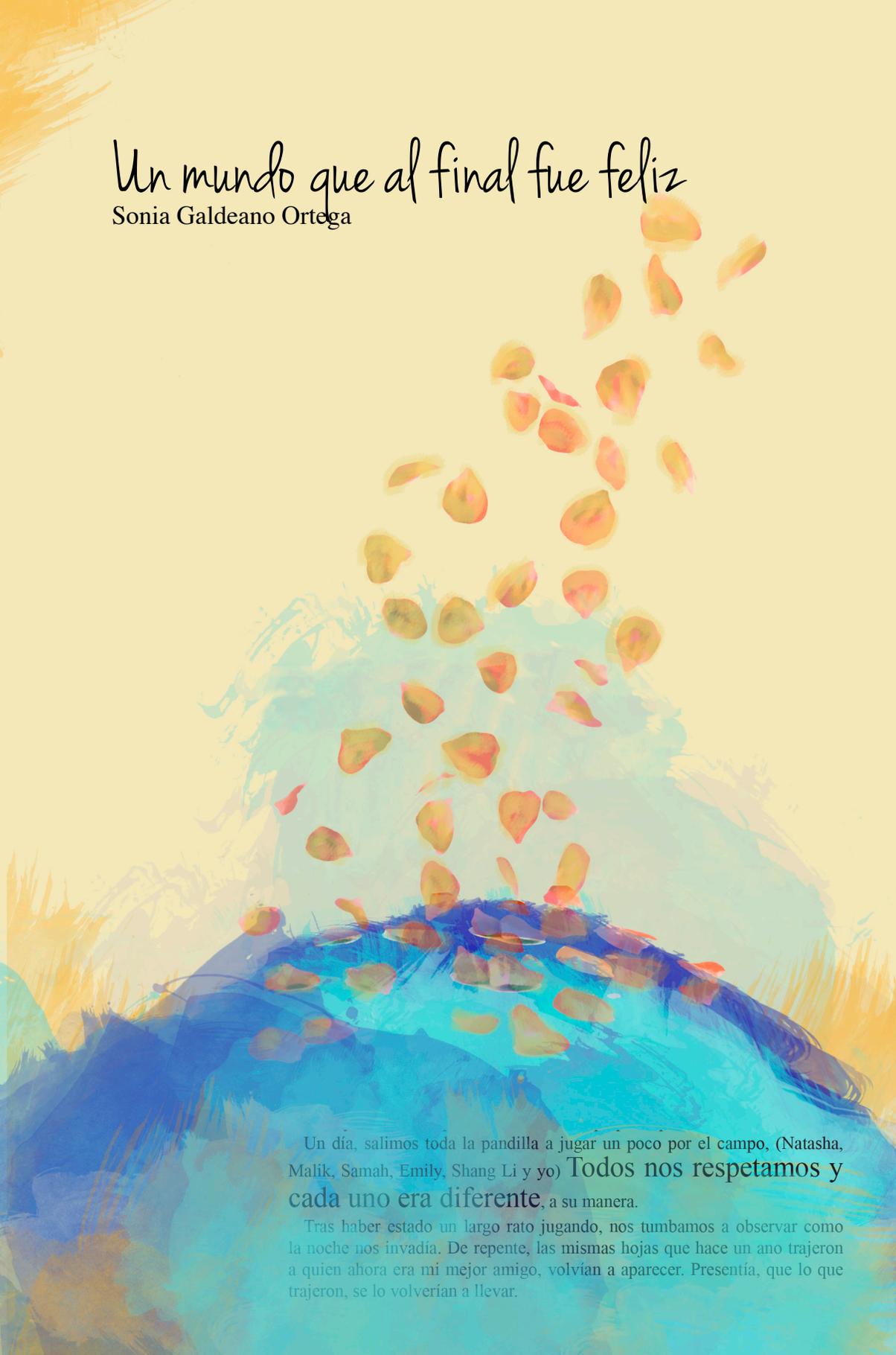
*Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios  
Consejo Editorial del Instituto de Estudios Almerienses*



MODALIDAD  
ESCOLAR  
DE PRIMARIA

# Un mundo que al final fue feliz

Sonia Galdeano Ortega



Un día, salimos toda la pandilla a jugar un poco por el campo, (Natasha, Malik, Samah, Emily, Shang Li y yo) **Todos nos respetamos y cada uno era diferente**, a su manera.

Tras haber estado un largo rato jugando, nos tumbamos a observar como la noche nos invadía. De repente, las mismas hojas que hace un año trajeron a quien ahora era mi mejor amigo, volvían a aparecer. Presentía, que lo que trajeron, se lo volverían a llevar.



Había una vez un planeta tan minúsculo en el universo, como una mota de polvo, aunque su interior rebosaba de vida. Era el Planeta de las Maravillas, pero estas se estaban agotando. Aquel pequeño mundo se mantenía gracias a los valores producidos por las distintas culturas de las regiones del planeta: la generosidad, el compañerismo, la igualdad, el optimismo, la honestidad, el amor... Actuaban como imponentes y gruesas columnas para que ese planeta no se derrumbase; como un vaso conteniendo el agua, que en este caso, eran miles de millones de personas.

Pero algo iba mal, y es que desde hacía décadas ideas sombrías se habían presentado en las mentes de la gente. ¡Se burlaban de las otras culturas! Y como faltaban recursos naturales gracias al hombre (por los actos de la contaminación, la pérdida de la biodiversidad y muchas otras cosas), algunas culturas vivían en la hambruna y la tristeza. Incluso el racismo, la desigualdad, el odio y la violencia, se estaban apoderando de - sus ahora negros - corazones.

Así que todos los jefes de las culturas, el rey Aer y su hija Sonia se reunieron en palacio para hablar del tema y así poder compartir ideas y buscar una solución.

El Rey Aer mandó cartas a los jefes de cada continente: Europas, Áfricus, Asiatía, Oceanus y Americasto. A la semana siguiente acudieron todos preocupados, con el corazón palpitándoles con fuerza...

Y comenzó la gran disputa.

“Como ya todos sabéis, el Planeta de las Maravillas se está muriendo.” Comenzó el monarca. “El odio reina entre nuestros habitantes” “¡Hay que hacer algo!” Exclamó el jefe de la cultura china de Asiatía. “¿Y si alguien intentase unir a todas las culturas?” Propuso el jefe de Europas. “La verdad, es que las culturas de mi región tienen la moral alta, mis regeneradores (las personas que realizan la cultura) están felices y no tienen pensamientos opuestos o malos. La gente de mi tierra prestará ayuda en todo.” Terminó satisfecho.

“¿Padre?” Preguntó Sonia. “¿Puedo ser yo quien vaya a unir las culturas?” “Pues...” El rey Aer se lo estaba pensando. Entonces el jefe de Oceanus dio una opinión que le hizo cambiar de idea. “¡Oh, déjala ir Rey Aer! Ya es mayorcita, y creo que estaría bien que los ciudadanos viesan a su futura reina.” “De acuerdo.” Dijo rendido el padre.

A Sonia le brillaban los ojos y, emocionada, salió del salón de actos y subió a su dormitorio. Allí, en su mesa lila con puntos blancos, escribió y trazó un plan perfecto para que las cosas saliesen bien. Después preparó ropa y provisiones, e hizo las maletas rápidamente.

Quería que todo su preciado mundo tuviese igualdad y felicidad. Y, como un pajarillo liberado de su jaula, voló de nuevo para reunirse con su padre, que tenía algo que decirle. “Querida” Dijo. “Te daré cuatro medios de transporte para tu viaje: un caballo para cabalgar por las áridas zonas de Áfricus, una vespa para ir por las pobladas ciudades de Americasto, un submarino para llegar a Oceanus y una bicicleta de madera para pasear entre las calles de Asiatía. Cada uno se enviará cuando tires en el aire los pétalos de flor de melocotón que te voy a dar. ¿De acuerdo?” “¡Sí, y muchísimas, pero que muchísimas gracias! “Le respondió Sonia.

Cogió sus maletas, se fue al aeropuerto e hizo cola con su pasaporte. Estaba confusa: feliz y triste a la vez. Por un lado, estaba muy ilusionada, por otro, no estaba segura de qué podría hacer con tan importante tarea... ¡Un completo caos dentro de su joven y confusa mente! Cuando por fin llegó a la taquilla, enseñó sus papeles, su ticket y su pasaporte, y pagó el primer vuelo destino a Áfricus. Subió al avión, el vuelo pasó rápido, y por primera vez, Sonia puso un pie en Áfricus. Una hojarasca invisible de polvo le rozaba la cara, mientras que le ardían las mejillas. Una rabia incontrollable se desató por su cuerpo, en frente de su mirada había un poblado lleno de personas que se apagaban, y todo por culpa de un mismo ser: el hombre. Era la cultura senegalesa, así que viajó a Dakar, su capital, y descubrió qué iba mal. “Nos falta agua, estamos tristes y malhumorados.” Le dijo un niño.

Sonia ya sabía qué hacer; con ayuda de los europases traería unas máquinas que excavarían pozos y los senegaleses estarían de buen humor, para producir energía para su mundo.

Pero antes debía mandar una carta que comunicase sus peticiones. Para llegar a la oficina de correos había que atravesar un abstemio desierto. Sin dudarlo un momento, sacó de su mochila de cuero una pequeña bolsita naranja, moteada de negro, con rayas blancas. Parecía que estaba vacía, pero en su interior había múltiples pétalos de flor de melocotón. La niña los tiró en el aire, y tras una esquina apareció un blanco corcel de ojos marinos. Sonia montó en él y con un poderoso... ¡Arre! El caballo empezó a cabalgar tan rápido como el viento, liberado como el fuego de la hoguera, sintiéndose uno con su jineta.

Llegaron a la oficina de correos más o menos al cabo de una o dos horas. Sonia mandó la carta, y a la semana llegaron unas máquinas que excavaron pozos por todas las regiones de Áfricus. Los senegaleses saciaron su sed, y de nuevo pudieron bailar algunas de sus danzas más típicas como el Mbalax y el Lenjin. Muchas otras culturas que antes se burlaban de la senegalesa dejaron de hacerlo, pues había tanta gracia en sus movimientos que toda la gente de Áfricus se reunió para bailar unidos en Dakar. El Planeta de las Maravillas recobró energía, y en el desierto del Sáhara ocurrió algo nunca visto. En él brotó un enorme baobab (un árbol), que alegró a todo el mundo. Sonia había terminado su tarea allí, y tras llegar al aeropuerto se embarcó rumbo a Asiatía.

Asiatía era un continente maravilloso, florecillas blancas inundaban los valles, haciendo que las montañas estuviesen como cubiertas de espesa y blanca nieve. Pero estas bonitas vistas se disiparon ante los ojos de Sonia cuando llegó a la otra parte de Asiatía. Aquello era un cúmulo de contaminación, no hacía falta preguntar para ver qué pasaba. Por la contaminación, en aquella zona de Asiatía, reinaba la infelicidad. Cada día la gente tenía que llevar mascarillas para protegerse de los terribles gases producidos por las fábricas.

Sonia sacó de su bolsita unos pétalos de flor de melocotón, y los tiró en el aire. Ante ella se vaporizó una bella bicicleta de madera que usó para ir por las tiendas de China (capital de Asiatía) haciendo toda clase de encargos: placas solares, piezas para hacer molinos de viento, semillas...

Con esto, los chinos pudieron recuperar y producir mucha energía no contaminante: energía eólica con los molinos de viento, energía solar con las placas y... ¡Con las semillas plantaron muchas plantas que habían

sido perdidas! La felicidad se acopló a los corazones de los asiáticos, y Sonia se vio muy satisfecha.

Acto seguido, se trasladó a Oceanus. Allí había uno de los peores problemas... ¡La gente no creía ni en su propia cultura! Y es que los australianos (ciudadanos de una región de Oceanus) tenían como costumbre cultural, contar historias pasadas, pero ahora en la actualidad había gente que creía o no creía en ellas, y esto provocaba enfrentamientos y enfados. Sonia al principio no sabía qué hacer, pero tuvo una idea, reunió a todos y empezó a hablar. "Las culturas se crearon para abastecer la felicidad en el pueblo, no para evitarla. Yo misma he escuchado vuestras historias y, crea o no en ellas, he disfrutado oyéndolas. Tenéis algo muy valioso. ¿Y lo despreciáis? Yo que vosotros, valoraría lo que tenéis, y ahora quien esté de acuerdo conmigo que se levante." La sala entera se levantó. Estaban de acuerdo, y mostrando lo que pensaban se pusieron a contar historias. Una tarea más terminada.

Se trasladó a la orilla del Mar Kilimanjaro (un mar de Oceanus) tiró unos pétalos de melocotón en el agua, en donde mágicamente apareció un pequeño submarino amarillo. Se subió en él y viajó a Americasto. Fueron duraderas y pesadas horas de viaje, pero llegó.

En Americasto también había un problema muy grave y adusto. En aquel continente convivían personas de piel blanca, con personas de piel negra. La mayoría vivían felices pero en las mentes de alguna gente se habían creado ideas sombrías. El racismo. Y... ¿Cómo se solucionaba eso? ¡Pues Sonia sabía cómo! Haría ver a los blancos que los negros eran tan buenos como ellos a través de un deporte justo: el baloncesto. Organizó un partido de cada categoría: masculina y femenina. Al final los blancos se sorprendieron por las jugadas de sus rivales, y pronto lo único que oía en el campo eran comentarios joviales y cumplidos. También la gente que veía en sus casas los partidos, aprendió a jugar limpiamente y a respetarse unos a otros, sea cual sea su color de piel. Una tarea terminada y... ¡Un punto más para Sonia!

Ahora solo quedaba volver a casa.

La exhausta niña aborrecía viajar en avión; tantas colas, tantos giros... No, decididamente no viajaría en avión. Así que, de nuevo, espolvoreó unos pétalos de melocotón, y ante ella volvió a materializarse el pequeño submarino amarillo que tanto añoraba.

Llegó con su submarino a Francia, su residencia estaba en España (más concretamente en la provincia de Almería, el único lugar del planeta

en donde la energía de las maravillas podía sobrevivir). Y como había hecho anteriormente, cogió unos pétalos y los tiró en el aire.

De nuevo, ante sus ojos azules, apareció su leal corcel blanco. Este se agachó, facilitando a la niña su control. Con su equipaje listo, ella y el caballo cabalgaron y cabalgaron durante días. La larga melena rubia de la niña le daba en la cara a la misma, pero no le importaba. Ella solo podía pensar en que cada paso que daba su caballo, era un paso que la llevaba más cerca a su casa.

Y tras largos días, llegó a su hogar.

Caminó hacia palacio. ¡Había sido un viaje tan largo! Le dolían las piernas, la cabeza... No podía ni levantar la mirada. Pero hizo un último esfuerzo y abrió la pesada puerta de mármol del castillo. Fue entonces cuando sus ojos marinos se cruzaron con unos castaños. Ahí estaba su padre, el rey, sonriéndole con ternura y satisfacción.

Dejando a un lado lo que sentía, Sonia corrió como nunca y se lanzó hacia los brazos de su padre, y este le dijo "Tu madre estaría orgullosa de ti. Le has enseñado al pueblo que todos somos iguales, que la violencia no debe existir, que todas las culturas son únicas y maravillosas y, que no hay barreras ni malas ideas. Tú y únicamente tú has hecho de este planeta un mundo mejor."

Y desde el cosmos, todas las estrellas sonrieron a este planeta. Antes sumido en la oscuridad, y ahora más brillante que ellas.

FIN (Aunque los finales no existen)



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

# El encuentro

Olga Enciso de Lara



Una mañana la profesora de Mohamed pidió a sus alumnos que escribieran una oración sobre un sentimiento. Él estuvo todo el día pensando que poner, pero no se le ocurría nada. Entonces optó por ir a casa de Antonio a ver si había algo en alguno de los libros de aquella biblioteca, pero exclamó:

-¡Cómo no me he dado cuenta! ¡La igualdad! ¡Ese es el sentimiento que me ha cambiado! ¡Sentirme igual a los demás!



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Mamá, tengo hambre - dijo un niño de tez oscura, cabello negro y ojos color avellana. Estaba muy delgado como los niños que había a su lado.

Lo siento Mohamed, no puedo daros de comer hoy - dijo una mujer de rostro triste, ojos negros y con un pañuelo negro en la cabeza - os prometo que mañana comeréis.

Dicho esto, se puso a limpiar la destartada ventana que había en el pequeño cuarto donde dormían los niños.

Vale mamá - respondió suspirando.

Al día siguiente...

Bueno niños, hoy vamos a ir a un lugar donde unas personas muy amables nos van a dar un plato de comida. Portaos bien.

Caminaron por las estrechas calles de aquel barrio sucio y ruinoso al que ellos pertenecían.

Pasaron viejos edificios, comercios abandonados y algunos contenedores rebosantes de basura hasta llegar a una especie de tienda, donde se leían las palabras: "Comedor social" junto a una gran cruz roja.

Mohamed, al entrar vio en una parte de la sala a muchos hombres y mujeres de todas las nacionalidades vestidos con harapos sucios. Los hombres tenían unas barbas larguísimas y muchos de ellos agarraban en sus desnudas manos cartones medio rotos donde ponía:

Tengo 3 niños  
y estoy en el paro

Soy ciego y no tengo  
donde vivir

¡Ayuda!  
Soy madre de 7 niños  
y no puedo mantenerlos

En el otro extremo de la sala divisó a vecinos suyos y niños y niñas que él conocía de vista en el colegio. Pensó en acercarse a jugar con ellos pero justo cuando iba a dar un paso, alguien le llamó la atención.

Venga Mohamed, siéntate que te has quedado embobado - le gritó su hermana Hasa.

Al hacer esto, observó una vez más la sala y vio que unas cuantas personas llevaban un chaleco rojo con tiras fluorescentes en el que ponía: "CRUZ ROJA". Ellos no comían y lo único que hacían era darles platos repletos de comida a los hombres y mujeres que estaban allí sentados.

Al cabo de unos minutos, una de las mujeres con chaleco se le acercó. Era rubia y tenía el pelo recogido con una coleta; lucía una gran sonrisa con sus labios pintados color carmín.

- Aquí tienes tu comida - le dijo a Hasa y al hacer esto, la miró y prosiguió- ¿sabes qué tengo una niña que es más o menos de tu misma edad? Yo me llamo Raquel y mi hija Clara- Hasa se sonrojó.

La mujer empezó a repartir todos los platos a la familia de Mohamed. Cuando terminaron de comer su madre se fue a trabajar. Era cuidadora de ancianos; trabajaba todos los días: por las mañanas, por las tardes; incluso algunas noches debía ir a trabajar. Así que, como Mohamed era el mayor, tenía que cuidar de sus hermanos pequeños. La única chica que había era su hermana Hasa y aunque era la pequeña siempre mandaba en todo.

Había pasado ya un mes desde que empezaron a ir al "COMEDOR" cuando Raquel les presentó a su "adorada" hija.

Mira Hasa, ésta es Clara, mi hija.

Sus cabellos rubios destellaban con la luz artificial que colgaba del techo, y contrastaban con sus ojos verdosos.

Estuvieron toda la tarde jugando hasta que Raquel dijo:

-Hasa, mañana si quieres puedes venirte a mi casa a jugar.

-Vale, ¿a qué hora?- respondió ella muy contenta.

-A las cinco... por cierto ¿dónde está vuestra madre?

-Me ha dicho que tenía que hacer horas extras en la residencia - dijo Mohamed interrumpiendo a Hasa antes de que empezara a parlotear sin parar.

Hasa pasó el último día nerviosísima; no cesaba de hablar de cómo se lo iban a pasar y a que iban a jugar en casa de Raquel, ya que era la primera vez que la habían invitado a una casa. Mohamed creía que Raquel la había invitado a su casa por pena ya que una niña como Hasa no era nada en comparación con Clara; o al menos eso es lo que él pensaba.

Al día siguiente...

No eran todavía ni las cuatro y media cuando Hasa empezó a dar saltos y a gritar: "¡Es hora de irse, es hora de irse! ¡Vamos a casa de Clara!"

Como su madre no estaba, Mohamed tuvo que llevar a Hasa a la dirección que Raquel les había dado al terminar de comer.

Pasaron muchas calles hasta llegar a la casa. Miró varias veces la dirección porque no sabía si se había equivocado, ya que la casa era preciosa. Estaba pintada de color beige, tenía grandes ventanales, alrededor de ella había un maravilloso jardín con muchísimos árboles y flores.

Mohamed se preguntaba cómo una persona tan agraciada como Raquel se relacionaba con gente como él.

Entraron por una puerta de hierro enorme y atravesaron el jardín hasta llegar al portal. Tocarón al timbre y una señora les abrió la puerta recién barnizada. La señora llevaba una bata de rayas y zuecos blancos, tenía los ojos azul celeste y el pelo negro azabache contrastaba con su pálida tez.

¿Qué quieren ustedes?- les preguntó.

A ambos les extrañó que les llamaran de ustedes.

-Soy Hasa y he venido a jugar con Clara, su madre me ha invitado - respondió.

- ¡Ah! Tú debes de ser la niña del comedor de la que me hablaron - dijo esbozando una gran sonrisa - pasad.

La señora entró seguida por Mohamed y Hasa.

Los hermanos se quedaron boquiabiertos porque la sala era gigantesca con muchísimos adornos y pinturas. En el lado izquierdo resaltaba una gran escalera de caracol. De ella bajó corriendo Clara con una sonrisa en la cara.

Hola Hasa, sube a mi habitación.

Nada más decir esto Hasa fue corriendo hacia las escaleras; y por otra puerta que daba a la sala entró Raquel.

Hola Mohamed ¿habéis venido solos?

Si es que mi madre no ha podido por el trabajo y eso.

Te puedes quedar si quieres. Puedes salir al jardín a correr, ir a la sala de estar y ver la tele o ir al desván y buscar juguetes viejos - respondió ella amablemente - yo me tengo que ir al comedor unas cuantas horas; si necesitas algo llama a Carmen y ella te lo dará - dijo señalando a la señora que les había abierto la puerta.

Dicho esto se marchó y Mohamed pensó lo que iba hacer. Optó por salir al jardín; pero en un cuarto de hora se aburrió y pensó en ir al desván a buscar juguetes y eso hizo. Subió y encontró un coche de juguete súper "chulo" pero bajó enseguida porque no paraba de estornudar por el polvo. Entonces fue al cuarto de estar y vio la tele, pero no había nada que le gustara y la apagó.

Después de darse un paseo por la casa y ver las habitaciones no sabía qué hacer ni adonde ir pero de repente...

Vio una sala al final del pasillo que le llamó más la atención; al entrar observó que era un lugar con enormes estanterías repletas de libros.

Entró en ella e inspeccionó y observó libros bastantes interesantes sobre plantas, animales... Pero vio un libro que le llamó sobre todo la atención titulado: "EL QUEGOTE" (o algo así había entendido él).

Entonces, justo cuando fue a cogerlo...

¿Qué haces aquí jovencito?- preguntó a sus espaldas una voz masculina.

Mohamed se giró y vio a un señor anciano. Tenía el pelo blanco como la nieve, ojos negros como el carbón y fruncía su poblado entrecejo.

- He venido a acompañar a mi hermana que está invitada por Raquel, la dueña de la casa - explicó Mohamed tartamudeando.

- Te equivocas, yo soy el dueño de esta casa, Raquel es mi hija.

Perdón, ya me voy - respondió Mohamed asustado.

Cuando Mohamed se disponía a salir, el anciano gritó:

¡Ah! tú debes de ser Mohamed. Pasa, siéntate y disfruta de la lectura. Yo soy Antonio.

El niño cogió el libro de " El Quegote" y se sentó en una silla muy antigua. Entonces el anciano le observó y dijo:

Eres de Marruecos ¿no?

Sí, soy inmigrante.

Yo también fui emigrante en mis tiempos jóvenes y estoy muy contento de haberlo sido porque aprendí muchas cosas de la vida - al decir esto miró al techo con nostalgia - tuve que irme a Alemania a trabajar, dejando a mi familia sola, aquí en España, porque no había trabajo. Recuerdo que al principio lo pasé bastante mal; y no era el único. Recuerdo aquellas noches en vela, de soledad recordando el sol de mi tierra, a mi familia, a mis amigos; allí, donde no podía hablar con nadie porque no conocía el idioma, donde yo sentía que todo el mundo me miraba como un extraño... hasta que conocí a una familia alemana que me abrió las puertas de su casa y volví a sentir el calor familiar.

- ¿Y cómo conseguiste esta maravillosa casa?

Además de trabajar muy duro en Alemania, ahorré mucho dinero. Apenas gastaba allí para poder sobrevivir y dejar algo para el futuro.

- ¿Y en qué trabajaba usted en Alemania? - preguntó Mohamed intrigado.

- Trabajaba como minero todo el día- dijo con tono cansado - y lo peor es que ahora tengo que ver como los jóvenes se están viendo obligados a emigrar al extranjero por el mismo motivo.

Mohamed sorprendido y a la vez aliviado cerró el libro y se quedó observándolo. Sorprendido por lo dura que debió ser su vida y aliviado por saber que no era el único que lo estaba pasando mal. Tenía personas a su alrededor, tenía amigos, tenía a gente como él.

- Muchas gracias señor, pero ya está anocheciendo y debería irme - dijo entristecido.

Dicho esto salió de la sala, recogió a Hasa a regañadientes y llegaron a su casa.

En las siguientes semanas, Hasa iba todas las tardes a casa de Clara y Mohamed siempre iba a charlar con Antonio y a leer un libro en compañía de él.

Una mañana la profesora de Mohamed pidió a sus alumnos que escribieran una oración sobre un sentimiento. Él estuvo todo el día pensando que poner, pero no se le ocurría nada. Entonces optó por ir a casa de Antonio a ver si había algo en alguno de los libros de aquella biblioteca, pero exclamó:

¡Cómo no me he dado cuenta! ¡La igualdad! ¡Ese es el sentimiento que me ha cambiado! ¡Sentirme igual a los demás!

Al día siguiente Mohamed entregó su oración a la maestra y ésta exclamó:

- Perfecto Mohamed. Haremos un cartel donde escribiremos tu oración y lo pegaremos en la puerta.- dijo emocionada.

Después de esto, cada vez que entra Mohamed al colegio se emociona al leer en la puerta:

TODOS SOMOS IGUALES,  
Y AUNQUE NAZCAMOS EN LUGARES DIFERENTES,  
SIEMPRE LUCHAREMOS EN EL MISMO FRENTE.

# La campaña solidaria

Martina Ferraro Munarín

La seño estaba muy contenta con la solidaridad del grupo y del cole. Las madres hacían galletas y los de quinto las vendían casa por casa. A Beatriz una alumna de cuarto se le ocurrió hacer una lotería de papeletas con premios.

Ese día llegué a mi casa a las ocho y cuarto, porque me había quedado a organizar con mis amigos lo de las campañas. Me puse a hacer los deberes y a estudiar conocimiento del medio.

Cuando cogí el móvil vi siete llamadas perdidas de Aarón, lo llamé para a ver si había pasado algo grave, me contó que se había sacado un diez en el examen de conocimiento del medio. Bueno después del susto me puse con los deberes y a estudiar conocimiento del medio. Un buen amigo.

Al día siguiente me acordé de la campaña, la seño nos dijo que teníamos que ir al colegio con un motivo. A pesar de que yo estaba un poco de clase.

El cole era un lugar comprometido con las colectas para ayudar a las niñas haciendo artesanías. Me di cuenta cuanto amigos que iban con las nuevas. Discriminamos porque no sabíamos cómo hacer las cosas.

Al terminar el cole, salí y me fui a la plaza a ver como iban con las cosas. Los tapones y las latas para llevarlas a la casa.

Ya me faltaba ir sólo a recoger el dinero de las papeletas. Antes de salir llamé a Aarón y me contestó, eso me oía mal, estaba asustada. Me fui a la plaza y a pesar del miedo que teníamos todos algo seguimos cada uno con nuestra tarea.





ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Era el primer día de clase y todos llegamos emocionados al cole, pues era nuestro último año en él: ya éramos los mayores. El reencuentro entre los compañeros fue alegre, había gente que no había visto en todo el verano, pero había alguien que era totalmente desconocido para todos. Estaba sentado al final de la clase, tímidamente nos miraba, como asustado. Manuel, el más bruto de la clase se acercó bruscamente a él y le preguntó:

Tú, ¿quién eres?

Yo veía que el niño se ponía cada vez más rojo, parecía que iba a llorar, los ojos los tenía a punto de explotar. Todo el mundo se quedó en silencio y para ayudarlo salí corriendo hacia el niño y regañé a Manuel.

No te preocupes - le dije al niño - ¿Eres un compañero nuevo?

Sólo movió la cabeza para decir que sí. De repente entró la seño y cada uno buscó un sitio para sentarse, pero ninguno se sentó a su lado. La seño nos presentó a nuestro nuevo compañero, se llamaba Aarón y venía de otro país. Nos dijo que le teníamos que ayudar porque hablaba poco español. Tocó el timbre y él se asustó, la seño me llamó para que fuera a su mesa, me dijo:

-Ada, enséñale el colegio a tu compañero Aarón.

-Vale, seño - se lo dije con entusiasmo.

Llamé a Aarón, le dije que viniera, que le iba a enseñar el colegio; pero a él no se le veía entusiasmado, se acercó a mí y le pregunté:

¿En qué idioma hablas?

Él me contestó en inglés. Le enseñé el colegio, cuando llegamos a clase nos tocaba inglés, entró la seño y nos saludó; él me miró con una sonrisa como diciendo “¡por fin alguien que habla mi idioma!”, puso una cara muy graciosa.

Él cogió confianza conmigo, me hablaba en inglés y nos entendíamos como podíamos. Todos me miraban con cara rara porque me juntaba con Aarón. Me decían mis amigas que cómo me podía juntar con un niño como él que acababa de venir. Yo me enfadé porque todos me decían cosas.

Llegué a casa enfadada, mi madre me preguntó qué me pasaba, yo le expliqué lo que me había ocurrido y ella me dijo que no tuviera ningún problema, que dijese lo que quisieran porque, con el tiempo, todos iban a jugar con él. Le pedí a mi madre si podía venir Aarón a casa hacer los deberes, ella dijo que sí. Cogí corriendo el teléfono de casa y lo llamé. La primera vez me saltó el contestador, a la segunda me contestó su padre y le pregunté si estaba su hijo; le conté que era su amiga del cole, le pregunté si podíamos quedar por la tarde para explicarle la tarea y ayudarle hacer los deberes, él me dijo que estaba encantado y quedamos a las cinco y media.

Era la hora y estaba nerviosa, quería que llegara ya; escuché a lo lejos un pitido, salí corriendo para ver quién era. Era él. Le dije a sus padres que si lo dejaban quedarse a cenar, ellos me dijeron que sí. Estuvimos haciendo los deberes de lengua, mates e inglés, cuando terminamos lo invité a jugar al fútbol, él no quería y le pregunté si era porque no le gustaba pero me dijo que no, que era por otro problema. Le dije que podía confiar en mí, que me lo contara, y preocupado me comentó que tenía problemas de corazón y no podía jugar a ese tipo de juegos; él sólo se había venido aquí por el clima. A la noche hablé con mi madre, ella sabía todo, porque el padre estaba buscando trabajo para hacerle los tratamientos al niño. Al día siguiente se lo comenté a mis compañeros, a una de ellas se le ocurrió recoger tapones de plástico, otra pensó en juntar latas para mandarlas a la fábrica y reciclarlas. A Manuel se le ocurrió hacer una feria del libro en la plaza Mayor. Lo bueno fue que todos ayudaron con las campañas, algunos se ocuparon de recoger libros, otros de recoger tapones y latas, y nosotras de llevarlos a la fábrica.

La seño estaba muy contenta con la solidaridad del grupo y del cole. Las madres hacían galletas y los de quinto las vendían casa por casa. A

Beatriz una alumna de cuarto se le ocurrió hacer una lotería de papeletas con premios.

Ese día llegué a mi casa a las ocho y cuarto, porque me había quedado a organizar con mis amigos lo de las campañas. Me puse a hacer los deberes y a estudiar conocimiento del medio.

Cuando cogí el móvil vi siete llamadas perdidas de Aarón, lo llamé para a ver si había pasado algo grave... Me contó que había sacado un diez en el examen de cono, por lo que me daba las gracias. Bueno, después del susto me puse contenta por él, la verdad es que era muy responsable y muy buen amigo.

Al día siguiente Aarón no fue al colegio y todos nos preocupamos; la seño nos dijo que no fuéramos alarmistas, que podía ser por cualquier motivo. A pesar de eso yo me sentía con miedo, pensé en llamarle al salir de clase.

El cole entero se había comprometido con las colectas para ayudar a Aarón y su familia, había niñas haciendo artesanías, otros organizaron un mercadillo solidario, cada día aparecían cosas nuevas. Me di cuenta cuánto amor hay en la gente y qué tontos somos a veces; discriminamos porque no sabemos nada de la vida de los demás.

Al terminar el cole, salí y me fui corriendo a casa a comer para poder irme a la plaza a ver cómo iban con la feria del libro y después a buscar los tapones y las latas para llevarlas a la fábrica.

Ya me faltaba ir sólo a recoger el dinero de las galletas vendidas y la de las papeletas. Antes de salir llamé a Aarón por teléfono pero nadie me contestó, eso me olía mal, estaba asustada. Nos juntamos todo el grupo en la plaza y, a pesar del miedo que teníamos todos de que le hubiera pasado algo, seguimos cada uno con nuestra tarea.

A la vuelta vi que en casa había muchos coches, eran casi todos de los padres de los niños de mi clase, entré rápido para ver si se trataba de algo grave.

Pregunté qué pasaba y la madre de Luis me dijo que ya no quedaba tiempo, que necesitaban hacerle el tratamiento urgente y que los padres no tenían el dinero. Yo sólo quería saber si él se iba a poner bien, ni siquiera podía pensar en que eso ya estaba en gran parte resuelto porque la seño había cobrado ya todo el dinero de las campañas.

Nadie podía darnos una respuesta; había que esperar. Cuando estaba más tranquila pude decirles a los padres que estaban en mi casa que la

seño ya tenía bastante dinero y que los padres de Aarón no lo sabían. Mi madre cogió el teléfono y llamó a su madre.

La mujer estaba muy contenta y agradecida por la ayuda de la gente, pronto pudieron llevarlo a que le hicieran el tratamiento que necesitaba. Pasaron muchos días hasta que nos dejaron ir a verlo, los médicos decían que no podía recibir visitas. Fuimos toda la clase con la seño y entrábamos en grupos pequeños.

Tenía que seguir ingresado por mucho tiempo hasta que estuvieran seguros de que todo iba bien, mientras tanto mis compañeros y yo le llevábamos la tarea por las tardes y pasábamos un rato con él. Yo sabía que Aarón se había convertido en mi mejor amigo.

Pero lo que más me gustó fue ver a todos los niños que me decían cosas por estar con él en los recreos, que al final habían sido los que más se habían preocupado por él y los que más habían trabajado.

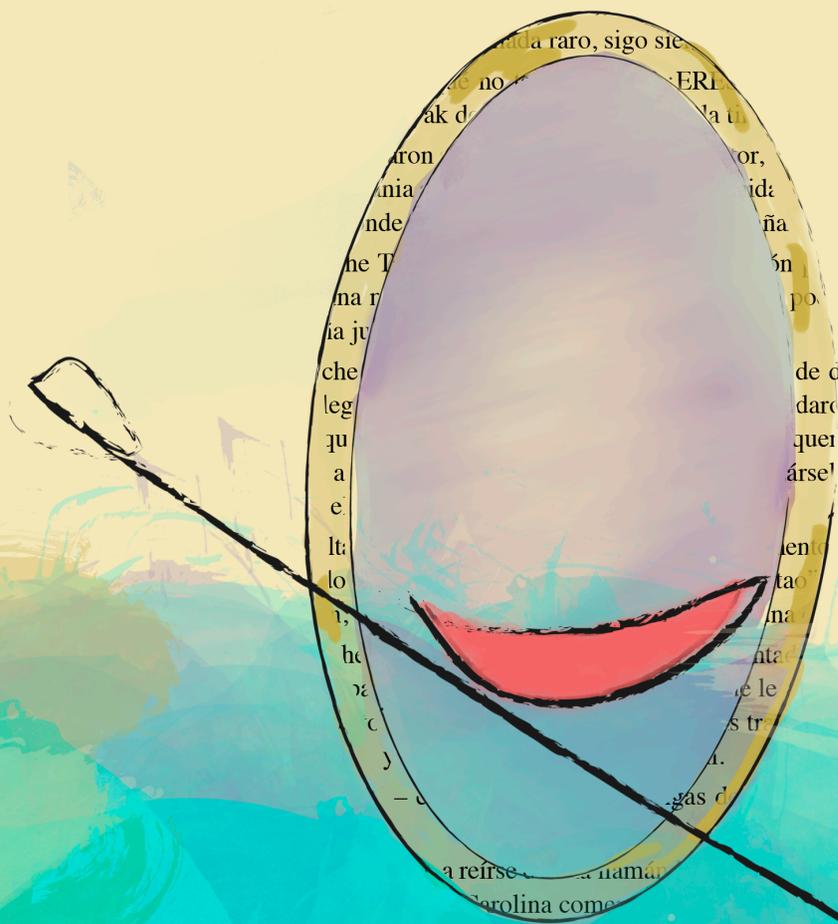
Lo de las campañas fue un éxito y después de esa hicimos muchas más para ayudar a otros niños. Cuando Aarón se recuperó y volvió al colegio empezó a participar en otras colectas y para él se transformó en un trabajo muy importante porque sabía que gracias a eso él había salvado su vida y se podía ayudar a la gente.

Después de que pasara lo de Aarón la seño nos dio una charla y nos explicó que no debemos discriminar a nadie porque todos somos distintos y nos hizo pensar cómo lo pasaríamos nosotros si un día tuviéramos que irnos a vivir a otro país y cuando llegamos todos nos miran como bichos raros. Debe ser triste, pero al final la historia de Aarón tuvo un final feliz, él se recuperó gracias a la solidaridad de todos los que lo miraban raro cuando llegó. Es una lección para todos, porque todos aprendimos a que debemos ser amables con las personas.

Él y yo desde entonces somos inseparables y hemos decidido ir al mismo instituto.

# El mejor verano de Tania

Darina Grebenschikova



Tania corrió hacia ella y la abrazó mientras les pedía gritando a todos que callaran, diciendo que todos tenían sus cosas y nadie se reía de ellos... que había que aceptar a las personas tal como fuera, con su color de piel, con sus necesidades; y ayudarlas a que no sintieran solas y tristes. Todos callaron y en medio de ese silencio todos los monitores y sus dos amigas, Laura y Andrea, empezaron a aplaudir aquellas palabras tan bonitas.

Esa noche y los siguientes días fueron los mejores. Todos los niños entendieron que antes de reírse de otra persona, uno tiene que mirarse en un espejo y reírse de sí mismo.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Cuando Tania llegó de Sudáfrica a España porque su madre tenía que trabajar en el nuevo museo que habían inaugurado en Granada, ella solo pensaba en cómo sería su nuevo colegio, si tendría muchas amigas y muchos amigos.

Tania era una niña negrita, con el pelo muy rizado y oscuro. Tenía los ojos marrones y una sonrisa muy llamativa.

Como todavía faltaban dos meses para que empezara el colegio, Daniel y Marie, sus padres, pensaron que sería una buena idea que Tania fuera a un campamento de verano porque así ella podría hacer amigos y le ayudaría cuando empezara el curso escolar.

Tania estaba nerviosa. ¡Por fin había llegado el día y se iba de campamento!

¿Has metido el bañador en la maleta? - preguntó mamá-

Sí, mamá. Solo me falta coger la gorra y la crema – contestó Tania mientras corría por el pasillo de casa.

Una vez tuvo todo preparado, subieron al coche y se dirigieron a la estación de autobuses donde esperaba el autobús que llevaría a Tania a Cabo de Gata, en Almería, para pasar las mejores dos semanas de su vida.

Después de dos horas de viaje, por fin Tania bajó del autobús y se dirigió, junto a todos los demás, hasta el gran salón donde les dieron la bienvenida.

Cantaron, bailaron y merendaron, y cuando estaba llegando la noche, Mar, la monitora, empezó a organizar las habitaciones.

- Carolina, Andrea, Laura y Tania vendrán conmigo a la habitación B8 – dijo Mar a través de su megáfono.

Rápidamente, Tania se acercó a la monitora y se encontró con sus nuevas compañeras de cuarto. Las saludó con una tímida sonrisa levantando la mano y todas le devolvieron el saludo menos Carolina, que la miró de arriba a abajo con cara de sorpresa.

¡Vamos, Carolina, saluda a Tania! - ordenó Andrea - es de mala educación no responder al saludo.

Andrea tiene razón, eres una maleducada - dijo Laura apoyando a Andrea.

¡Sshhh! - dijo la monitora – No pasa nada, no tenéis que poner os así, es el primer día y algunos son más tímidos.

Se instalaron en la habitación y mientras Andrea y Laura intentaban comunicarse con Tania, Carolina se tumbó en su cama y empezó a leer un libro. Las niñas intentaron que se uniera a ellas; pero no consiguieron nada.

Al día siguiente cuando se despertaron, se dieron cuenta de que Carolina no estaba, así que se pusieron la ropa que les habían dado y fueron al salón a desayunar. Cuando llegaron, Carolina estaba sentada con otras niñas y cuando ellas se acercaron, les hizo un mal gesto para que no se sentaran allí. Señalando a Tania, Carolina les dijo a sus nuevas amigas:

¿Veis? ¡Ésta es de la que os hablaba! Ya os había dicho que no es como nosotras.

Seguidamente, toda la mesa comenzó a reír. Tania no entendía nada, ¿por qué aquellas niñas se reían de ella? ¿Acaso se había puesto la camiseta del revés?

Los días iban pasando y Tania, Andrea y Laura se iban haciendo cada vez más amigas. Todos los juegos y todos los concursos en los que participaban eran tan divertidos, que no paraban de reír y de hacer más y más amigos. Pero Tania no podía dejar de pensar en qué podría ser lo que le pasaba a Carolina para que no quisiera ser su amiga. Así que, un día que estaban en una excursión marítima subidas en kayak, Tania se acercó a Carolina y le preguntó:

¿Puedo saber por qué no quieres ser mi amiga?

Pero, ¿tú te has visto? No quiero tener amigas como tú – contestó Carolina con aires de superioridad.

Mmm... Sí. ¿Qué es lo que me pasa? - preguntó Tania mientras se miraba a sí misma – creo que no me pasa nada raro, sigo siendo como siempre.

¡Jajajajaja!... ¿Qué no te pasa nada? ¡ERES NEGRA! -gritó Carolina mientras empujaba el kayak de Tania con el remo y la tiraba al agua.

Todos se pararon sorprendidos. Julio, el monitor, se acercó lo más rápido que pudo y ayudó a Tania a volver a subir al kayak y, seguidamente, remolcó a Carolina hasta la orilla donde su monitora la esperaba para regañarla y ponerle un buen castigo.

Esa noche Tania no quería volver a su habitación porque no quería encontrarse a Carolina nunca más, así que pidió permiso para poder dormir en una tienda de campaña junto con sus dos amigas.

La noche pasó muy rápido y pronto llegó la hora de desayunar. Cuando las tres niñas llegaron al salón, todos las miraron y las saludaron. Tania estaba muy triste por lo que había pasado el día anterior y como no quería ver a Carolina, echó un vistazo al lugar para ni tan siquiera tener que cruzársela; pero no consiguió verla porque ella no estaba allí.

Solo faltaban dos días para que terminara el campamento y durante ese día estuvieron haciendo toda clase de actividades: jugaron al “matao”, al fútbol, hicieron pulseras, cantaron, etc. Pero Carolina no apareció en ninguna de ellas.

Esa noche, mientras todos los niños estaban sentados en el salón para la cena, de repente apareció Carolina con un sombrero que le tapaba toda la cara. Cuando estaba a punto de sentarse, uno de los niños más traviosos del campamento, le quitó el sombrero y corrió con él por todo el salón.

¡Madre mía! – exclamó una de las amigas de Carolina al ver que su cara estaba deformada.

Todos empezaron a reírse de ella llamándola monstruo y ese tipo de personajes que asustan a los niños. Carolina comenzó a llorar, y llorar y los niños seguían riendo; todos menos Tania. Tania corrió hacia ella y la abrazó mientras les pedía gritando a todos que se callaran, diciendo que todos tenían sus cosas y nadie se reía de ellos... que había que aceptar a las personas tal como fuera, con su color de piel, con sus necesidades; y ayudarlas a que no se sintieran solas y tristes. Todos callaron y en medio

de ese silencio todos los monitores y sus dos amigas, Laura y Andrea, empezaron a aplaudir aquellas palabras tan bonitas.

Esa noche y los siguientes días fueron los mejores. Todos los niños entendieron que antes de reírse de otra persona, uno tiene que mirarse en un espejo y reírse de sí mismo.

# Lo que las hojas trajeron

Bárbara Azcona Santa Marina

Al principio me sentí un poco incomodo, ninguno de nosotros sabía exactamente que decir, pero nos empezamos a dar cuenta de que mientras el tiempo pasaba las palabras nos salían de la boca como rayos de sol en el desierto. Andamos por el centro comercial entrando y saliendo, de sitios explicando a Malik el nuevo mundo que acababa de descubrir.

Al día siguiente volví al colegio y esta vez me ocupe de estar todo el día con ellos, quisiera que no quería que nadie le insultase.

Estábamos en el recreo y yo me despiste un poco hablando con Natasha, mientras tanto Malik fue a hablar con unos niños. Entonces, la curiosidad le venció, se acercó y reveló la pregunta que se había estado preguntándose todo este tiempo.

¿Por qué crees que soy diferente?

Los niños se sorprendieron sin palabras, la verdad era que no sabían por que pensaban que era diferente. Después de esto, Malik se fue satisfecho, les había hecho pensar. Me lo contó todo, y la pregunta me afectó igual que a la gente que se había preguntado, pero no quise que el lo supiera.

El tiempo pasó y su estancia en el colegio cada vez nos ayudó un poco más a todos.

Ninguno de nosotros estaba a solo. Los niños que antes no me hablaban empezaron a relacionarse y jugar, olvidando lo que en el mundo había sucedido. Yo me acordaba cuando un niño y el mono empezaba a jugar su cara por las colinas y los árboles, se sabían nuestro pequeño mundo.

Un día se fue todo el mundo, pero yo quedé un poco más.

Todos nos respetamos y cada uno era diferente,

pero yo me quedé a observar como la naturaleza se iba. Después de un año, las mismas hojas que hace un año trajeron a quien ahora era diferente, pero yo me quedé en Presentia, que lo que trajeron, se lo volverían a llevar.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Era un cálido día de otoño, las hojas rozaban mis mejillas, mientras que el viento susurraba en las praderas que ya era hora de descansar. Estaba sentado, pensando en lo grande que puede ser el universo y el pequeño porcentaje de que algo que deseas realmente suceda. Todo ocurría demasiado rápido, la infancia se pasaba igual que el aleteo de un gorrión volando sobre el bosque otoñal.

No me imaginaba que podía suceder después, lo que el destino me aguardaba. Algo me inquietaba, sabía que algo iba a cambiar, pero, ¿el que? Supongo que tanta gente se había hecho esa pregunta y esta, se había quedado suspendida en el tiempo sin ninguna respuesta.

Algo empezó a moverse, lo sabía, pero mis sentimientos no expresaban lo mismo que lo que mi mirada observaba, mi corazón latía a cien, un extraño sentimiento me invadía. De repente apareció él, era una figura de un niño de pie, en la pradera, con piel oscura, pero ojos igual de bonitos que un barco surcando los mares y océanos.

Se acercó con paso decidido, pero su mente estaba aturdida se le notaba en la mirada.

Sus ojos miraban todo sin entender. ¿Qué hacía allí? y. ¿Por qué?

Solo se me ocurrió una cosa que decirle a aquella extraña figura, que aunque me resultaba ajena, algo me decía que podía confiar en ella

-¿Quién eres?

Con una serena voz, él me respondió:

- No lo sé, como si estuviera segurísimo de si mismo. Me extrañó, pero mi instinto me dijo que lo debía llevar conmigo. Corrimos colina abajo sin hablar, pero nuestras miradas se cruzaban de vez en cuando, diciendo lo suficiente para saber que se sentía a gusto. Al llegar a casa, mi madre quedo sorprendida al ver al niño de rostro oscuro sonriendo junto a mí. Entonces dijo:

-¿Quién es tu amigo?, Dani.

Los dos le contamos toda la historia y mi madre, que es la mejor, lo comprendió perfectamente y no dudo en dejar a Malik que era su nombre, quedarse en casa con nosotros. Estábamos cansados y aparte de cenar, no hicimos gran cosa. Vimos un poco la tele y Malik se quedó asombrado de la tecnología que había en casa. Al llegar al cuarto se tiró al colchón y dijo:

-Goeienag

Que según él, era buenas noches en su idioma. Yo simplemente le dije buenas noches y me fui a dormir.

Nos despertamos con el sol brillando en la ventana, a mis ojos les costaba abrirse pero Malik estaba totalmente despierto y dispuesto a saltar del colchón para bajar a desayunar. Bajamos las escaleras lentamente y al llegar allí el desayuno estaba dispuesto en la mesa perfectamente, con sus tostadas y zumos. Mi madre estaba esperándonos y había preparado ropa para que Malik pudiera ir al colegio conmigo.

Al terminar el desayuno nos vestimos y esperamos fuera el autobús. Me sentía extraño, ya que por primera vez en el colegio o en la ruta, no me encontraba sólo, estaba con él y nadie podía quitarme ese sentimiento de alegría.

Subí, todo el mundo se calló al ver la cara de mi compañero, él se extrañó, pero yo le cogí por la camiseta rápido para que nadie siguiera mirándole. Nos sentamos al final y durante el trayecto permanecemos en silencio.

Llegamos, de repente Malik me dijo:

-¿.Por qué no vamos a jugar con ellos?, señalando a unos de un curso superior que jugaban al fútbol. No sabía cómo decirle que los mayores nunca nos dejaban jugar con ellos y que nos echarían. Pero simplemente tenía que poner una excusa. ¡Qué empezaban las clases! Me dio pena, pero era mejor para él mantenerlo apartado de la gente ya que creerían que era diferente.

En clase, la profesora lo presentó, pero los alumnos no le hicieron el mínimo caso, me entristeció pensar en cómo le iría en todo el curso. Me quité ese pensamiento cuando la profesora Esmeralda me dijo:

\_. ¿Cuál es tu respuesta, Daniel?-

Me quedé en blanco, busqué ayuda con la mirada, pero nadie me la ofreció. Bueno, nadie salvo Natasha, que me socorrió escribiendo en una pizarra con rotulador verde cómo el color de sus ojos, la respuesta. La dije alto y claro, pero mi felicidad se acabó cuando alguien se chivo, diciendo que Natasha me había dicho la respuesta y terminé el recreo entero castigado. Lo bueno es que tuve la suerte de que ella también estaba conmigo. De repente algo sucedió, Natasha con su voz dulce y suave me dijo susurrando:

– ¿.Por qué no salimos luego los dos con tu amigo?

Me quedé sin palabras, aparte de que me habló, me gustó que no juzgara a Malik por su apariencia y color. Finalmente dije que sí, ilusionadísimo.

Llegamos a casa y le expliqué a Malik lo que Natasha me había dicho mientras que estábamos castigados. La expresión de su cara cambió y una sonrisa de oreja a oreja le surcaba el rostro. De repente me acordé, ¿qué habría hecho Malik durante el recreo, que yo había estado castigado? Se lo pregunté. No parecía decepcionado con la reacción que habían tenido los niños al preguntarle si podía jugar con ellos, pero estaba todo el rato preguntándose por qué su color de piel le impedía relacionarse con otra gente.

Malik y yo caminamos hasta el centro comercial y allí nos encontramos con Natasha.

Al principio, fue un poco incómodo. Ninguno de nosotros sabía exactamente qué decir, pero nos empezamos a dar cuenta de que mientras el tiempo pasaba las palabras nos salían de la boca como rayos de sol en el desierto. Anduvimos por el centro comercial entrando y saliendo, de sitios explicando a Malik el nuevo mundo que acababa de descubrir.

Volvimos por la mañana al colegio y esta vez me ocupé de estar todo el día con él, ya que no quería que nadie le insultase.

Estábamos en el recreo y yo me despisté un poco hablando con Natasha, mientras tanto Malik fue a hablar con unos niños. Entonces, la curiosidad le venció, se acercó y reveló la pregunta que se había estado preguntándose todo este tiempo.

¿Por qué creéis que soy diferente?

Los niños se quedaron sin palabras, la verdad era que no sabían por qué pensaban que era diferente. Después de esto, Malik se fue satisfecho, les había hecho pensar en el por qué. Me lo contó todo y la pregunta me afectó igual que a la gente que le había preguntado, pero no quise que él lo supiera.

El tiempo pasó y su estancia en el colegio cada vez nos agradaba más a todos.

Ninguno de nosotros estaba ya solo. Los niños que antes nos rechazaron, empezaron a relacionarse y jugar, olvidando lo que en el pasado había sucedido.

Ya casi había pasado un año y el otoño empezaba a enseñar su cara por las colinas y los árboles que rodeaban nuestro pequeño pueblo.

Un día, salimos toda la pandilla a jugar un poco por el campo, (Natasha, Malik, Samah, Emily, Shang Li y yo) Todos nos respetamos y cada uno era diferente, a su manera.

Tras haber estado un largo rato jugando, nos tumbamos a observar como la noche nos invadía. De repente, las mismas hojas que hace un año trajeron a quien ahora era mi mejor amigo, volvían a aparecer. Presentía, que lo que trajeron, se lo volverían a llevar.

Nadie se había percatado, menos Malik que dijo:

- He cumplido mi misión nunca os olvidaré.

Y las hojas se lo llevaron, dejando detrás todos los recuerdos e ilusiones que había provocado.

# Contrastes

Blanca Medialdea Zapata



Yamila no pudo evitar pensar en su primer cuadro favorito “El Guernica” y recordó que incluso en este cuadro tan oscuro y trágico, el autor mostraba una **luz** encendida como señal de **esperanza**. Esa luz la había estado persiguiendo a ella, impulsándola a llevar a cabo el exitoso proyecto.



MODALIDAD  
ESCOLAR  
DE SECUNDARIA

Yamila deambulaba entre las columnas sobre las que se encontraban expuestos los cuadros, con la idea preconcebida de no poder encontrar uno que le infundiese tal pasión como lo hacía “El Guernica” de Picasso. Al pensar en él, le vino a la mente la imagen de aquel famoso toro desafiante, símbolo de la patria española, el cual goza de la compañía de una madre sosteniendo a su hijo muerto en brazos, en señal de desesperación y clamando al cielo, en actitud de súplica a Dios. Yamila creía sentirse identificada con aquella madre, superviviente de una catástrofe como fue la Guerra Civil Española, pero adaptada a la actualidad, en la que los enfrentamientos, manifestaciones, huelgas... son típicas. Yamila se cuestionaba diariamente, incluso durante su paseo alrededor de la obras de arte, el porqué de la discordia presente actualmente; se sentía como Pablo Picasso en medio de los bombardeos del 26 de abril, aturdida y herida, no tanto físicamente, sino más bien, moralmente, ya que parece que el civismo ha ido desapareciendo entre la sociedad. Su fascinación hacia la precisión de los trazos del pintor en cuanto al uso de la gama cromática del negro, gris y blanco se podía asemejar al interior de su corazón, decepcionado ante la situación actual.

La imagen del soldado muerto servía como vaticinio del final de este problema social, ya que la voluntad de Yamila de ser capaz de conseguir la integración de todas las razas, sexos, religiones, sin desembocar en una represión de la población, disminuía en relación con la cantidad de sucesos relacionados con el acoso escolar, laboral, político... Tener el co-

nocimiento de ser tachada de persona no apta para votar, a pesar de estar empadronada en la provincia de Almería y contando con la aprobación, o por lo menos indiferencia del resto de la población, provocaba en ella un sentimiento de humillación y repulsión hacia el mundo en general.

Su recorrido por la estancia adornada con pinturas que no le transmitían el más absoluto sentimiento emotivo, quedó congelado tras la luminiscencia que emitía la diminuta imagen que ocupaba la esquina más alejada e inapropiada para un cuadro, según Yamila, cargado de luz. De aspecto cubista, el cuadro que había encandilado a Yamila, titulado: "San Fermines en Febrero", despertó en ella la esperanza que consideraba perdida respecto al respeto por la diversidad y hacia el pluralismo. La habilidad para hacer coincidir en tal lienzo contrastes de color como los que tenía delante, eran dignos de admiración. La mezcla de todos los colores componentes del arco iris, transmitían la certeza de que la combinación de todos ellos confluiría en una resplandeciente luz blanca, cargada de paz y armonía. Aquello germinó en la mente de Yamila, impulsándola a luchar contra la exclusión social.

Estando inmersa en sus pensamientos, quedó sorprendida por un hombre que comenzó a hablarle en su dialecto (francés):

-¿Qué opina acerca del cuadro? Parece que es la única persona que admira su potencial; por exigencias del manager, he tenido que apartar una de mis más preciadas imágenes.

-La paz que transmite no la he encontrado en ningún otro. A través de él, se augura un radiante final.-respondió, cuestionándose acerca de la procedencia de aquella persona, desconocida para ella.- ¿Quién es usted?, ¿le conozco de algo?-preguntó Yamila esperando no parecer muy atrevida.

El hombre, en lugar de irritarse, respondió soltando una carcajada:- Soy el autor de los cuadros de esta exposición. Mi nombre es Yaser, nací en Angola, pero llevo desde los 5 años viviendo aquí; después de largos años de lucha, por fin mi nombre será reconocido. ¿Está pensando en comprar el cuadro?

En aquel momento, Yamila, con un sentimiento muy patriótico le respondió: -Yo también nací en Angola. Mis padres se trasladaron aquí cuando era un bebé.

Dejando a un lado el tema del precio del cuadro, Yaser y Yamila encontraron en sus orígenes algo en común, y una chispa de esperanza y sensación de fin de soledad apareció entre ellos.

-¿No experimentaste un sentimiento de rechazo por parte de los españoles cuando llegaste al país?- preguntó Yamila, recordando la imagen de la mujer con su hijo muerto en brazos, quedando aislada y alejada de sus seres queridos.

-Así es. Lo que resulta más frustrante es la indiferencia con la que actúa la población, como si tuvieran una venda en los ojos que les impide ver los defectos de España.-respondió Yaser, algo apenado.

-Yo, aún recuerdo la exclusión que sufrieron mis padres cuando quisieron matricularme en un colegio público; al ser inmigrante, la reacción de los encargados de las plazas disponibles fue de desprecio y desgana al verse obligados a permitirme asistir a su colegio- introduce Yamila.

-Como yo llegué con 5 años, estuvimos un par de ellos adaptándonos, no fui al colegio hasta casi los 7 años, cuando mis padres consiguieron dominar un poco el idioma. Sin embargo, lo más duro no fue entrar, sino más bien la convivencia del día a día, cuando quedábamos marginados de los demás españoles.

-La mayor desgracia, es que en la sociedad actual, estos problemas que tuvimos que afrontar, tendrán que sobrellevarlos también nuestros hijos- añadió Yamila, recordando la escena que tuvo que presenciar al ver que a su hija le negaron la participación de un torneo de baloncesto, porque nadie la quería en su equipo.

-Sería maravilloso que consiguiéramos esa unidad y respeto que escasean actualmente.-sugirió Yaser

A partir de aquella propuesta, Yamila y él decidieron llevar sus planes a cabo, desarrollando un proyecto que involucrase a toda la población, tanto españoles como inmigrantes. La primera visión de Yamila fue la de organizar un partido de baloncesto y fútbol durante la mañana del sábado para promover el deporte en equipo sin discriminar por razón de nacionalidad.

Este proyecto tardó tiempo en ponerse en acción ya que Yamila y Yaser encontraron varios obstáculos, como la negativa de proporcionar el campo de fútbol y la pista de baloncesto requerida para el partido. Junto con la ayuda de voluntarios, el encuentro se realizó en el jardín de la casa de Yaser, el cual había conseguido tener un estilo de vida elevado, gracias a su éxito tardío en el mundo del arte.

El partido se desarrolló sin inconvenientes; los miembros de cada equipo pertenecían al menos a 3 países diferentes. El deseo del trofeo para el ganador, hizo que todos los niños jugaran en equipo para con-

seguir la mayor unidad posible y la mejor compenetración. Durante el partido, los padres de los niños acordaron hacer una barbacoa entre todos, favoreciendo la interculturalidad.

Tras el éxito de este evento, Yamila propuso a Yaser organizar un acontecimiento diferente:

-¿Qué te parece si establecemos un día laborable como “el día para disfrazarse con los vestidos típicos de otro país”?

-Realizaré algunas llamadas y concretaremos el día en el que celebremos la mezcla de culturas- respondió Yaser eufórico, sin pensar que lo que se avecinaba no sería una empresa fácil.

Esta vez, el impedimento fue por parte de los adultos, los cuales, a diferencia de los niños, que estaban entusiasmados por el día de ir disfrazados al colegio, comenzaron a poner excusas, argumentando la informalidad que supondría. Durante este proyecto, Yamila volvió a imaginarse en su cabeza al soldado muerto, el cual a pesar de haber luchado por una buena causa, había obtenido como recompensa la privación de la vida. En este punto se le planteó un conflicto, ya que se imaginaba a sí misma como la mujer de “El Guernica” al verse acorralada por el fuego y sabiendo de antemano que su aparente salvación no era lo suficientemente grande para ella. Yamila se encontraba a punto de tirar la toalla cuando la luz que reflejaba el cuadro, el cual le había embelesado, consiguió acabar con la oscuridad a la que le había conducido aquel Picasso.

-He hablado con un empleado del ayuntamiento. Le ha convencido la idea del “día de los disfraces”, y redactará una petición formal para que el alcalde la apruebe, permitiendo celebrar este acontecimiento- dijo Yaser- De esta manera, nadie puede justificar su negativa a participar en este día.

-Esperemos que no tarde mucho en ser firmada- respondió Yamila, con una sonrisa y un suspiro de alivio al darse cuenta que cada vez había más gente comprometida con el derecho a pluralismo.

Pasadas 2 semanas, la celebración del día de la interculturalidad había conseguido acercar a los diferentes habitantes, las diversas nacionalidades existentes en su área. Las propuestas de los voluntarios de traer comida típica del país al que hacía honor el disfraz, resultó ser un gran triunfo. Yamila esperaba que se hubiese logrado transmitir el verdadero mensaje que abarcaba dicho día: el respeto a la diversidad.

-Parece que han quedado atrás aquellos días en los que teníamos que ir a hablar con las profesoras para exigir que vigilasen más aque-

llos recreos en los que los niños se aprovechaban de la libertad y las escasas rondas de los profesores, para reírse de los “no españoles”, impidiéndoles jugar con ellos, es decir, aislándolos socialmente.- dijo Yaser suspirando al recordar el comportamiento de algunos de sus compañeros de colegio.

Yo sufría más por mi hija, ya que a ella la veía más vulnerable de lo que yo era con su edad. Últimamente, parece estar más alegre y ha recibido su primera invitación a una fiesta de cumpleaños.- respondió Yamila satisfecha por la eficacia de su actuación.

-Tengo una propuesta más para apreciar a las diversas nacionalidades- propuso Yaser, descubriendo un montón de películas que había ido recopilando durante varios años.- Sería buena idea mostrarles películas de actores extranjeros, con la misma nacionalidad que los inmigrantes que hay en España; así les podríamos enseñar el talento que hay fuera del país.

-¡Es una idea fantástica!-respondió Yamila- solo necesitamos un lugar en el que proyectar las películas.

Yaser sonrió al mostrar un cartel que había encargado en el que salían personajes de diversas nacionalidades: Lupita Nyong’o, de *Doce años de esclavitud*; Sandra Oh, de *Ramona y su hermana*, Arnold Schwarzenegger, de *Terminator*...

-Ya está todo organizado. En cuanto comencé a diseñar los carteles, muchas personas acudieron como voluntarias. Parece que cada vez más, la gente se está concienciando acerca de la convivencia.

El día convocado para ver las películas, los espectadores acudieron llenos de alegría, además, su entusiasmo aumentó cuando se dieron cuenta del talento de los actores de la misma nacionalidad que ellos.

Una vez finalizados estos proyectos, Yamila fue invitada a un programa de televisión local para entrevistarla acerca de la razón para empezar su proyecto:

-¿En qué momento te llegó la inspiración para emprender esta acción?

-La verdad es que fue de una manera un poco extraña- rió, acordándose de “San Fermín en Febrero”- esto ocurrió cuando me encontraba deambulando por una exposición de arte. Yo me encontraba un poco frustrada por la situación de exclusión social de aquel momento-dijo rememorando “El Guernica”- cuando un cuadro cubista resplandeció con tanta fuerza, que me di cuenta que no todo estaba perdido y que esto se podría solucionar.

-¿Fue en ese momento cuando conociste a Yaser?

-Sí. Él se acercó a mí, sin que yo fuera capaz de reconocerlo como el autor de aquella obra. Cuando empezamos a hablar y coincidimos en que nuestra situación al llegar a España e incluso en nuestros hijos era de esta manera, confluimos en que deberíamos tomar medidas.

-¿Recuerdas la pregunta que Yaser te hizo en la misma sala de exposiciones, antes de emprender el proyecto, y que tú nunca respondiste?

Antes de que Yamila pudiera comenzar a recordar la pregunta a la que se refería el presentador, apareció Yaser portando los “San Fermín en Febrero”, el cuadro que había encandilado a Yamila desde el principio, para regalárselo en agradecimiento por todo lo realizado a favor del pluralismo y el respeto a la diversidad.

Yamila no pudo evitar pensar en su primer cuadro favorito “El Guernica” y recordó que incluso en aquel cuadro tan oscuro y trágico, el autor mostraba una lámpara encendida como señal de esperanza. Esa luz la había estado persiguiendo a ella, impulsándola a llevar a cabo el exitoso proyecto.

# El compromiso de Abdou

Teresa Sánchez García

En ese momento Abdou, se dio cuenta de que había cumplido su promesa con su aldea, si no fuera por el dinero que encontró años atrás, todo esto no hubiese sido posible. Abdou se consideraba la persona más feliz del mundo después de haber ayudado a su aldea y a España, sobre todo a la gente que como él llegó a España en unas condiciones poco humanitarias.

Se había dado cuenta de que **con esfuerzo y esperanza su sueño se había cumplido** y su compromiso fue doble: por un lado ayudar a sus vecinos de la aldea y por otro devolver a España la ayuda que había recibido para poder estudiar.

Así, **con corazón, trabajo y compromiso solidario**, dedicó su vida a ayudar a los necesitados allí donde estuvieran.





ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

En una pequeña aldea africana al sur de Malí llamada "Zulú" vivía Abdou, un pobre niño que iba a la escuela, y trabajaba para sacar adelante a su padre que había caído en una terrible enfermedad. Él soñaba con ayudar a su padre y a toda su aldea, a este pueblecito todavía no había llegado la sanidad.

Un día de agosto, cuando Abdou volvía al amanecer de haberse pasado toda la noche trabajando, al entrar a su pequeña, pero acogedora cabaña, vio a su abuelo, hermana y padre muy felices. Ellos decían que tenían que darle un regalo por su 14 cumpleaños. Él se negó, pensaba que no había por qué desperdiciar el poco dinero que tenían comprándole algo.

Le hicieron esperar un rato y cuando salió fuera se encontró con un precioso perro. Al principio Abdou se asustó ya que nunca había visto ninguno. Su abuelo le contó que lo había encontrado mientras trabajaba, llevaba un collar muy bonito con su nombre, se llamaba "Alfi". A Abdou le pareció un nombre muy raro, pero decidió aceptarlo y cuidarlo.

Alfi y Abdou se hicieron muy amigos; mientras Abdou trabajaba, Alfi le ayudaba, y a Abdou se le hacía un poco más ameno el trabajo.

Ya era septiembre, Abdou estaba muy emocionado ya que empezaría la escuela. A él le encantaba ir y todo lo que aprendía se lo enseñaba a su familia. El día antes de empezar la escuela, Konen, el jefe de la tribu, el mayor, y al que todo el mundo respetaba y quería, les hizo a todos reunirse en la pequeña plaza que había en la aldea.

-¡Hola a todos! Gracias por venir. Hoy no traemos buenas noticias, por desgracia. Siento anunciar que este año la escuela permanecerá cerrada ya que no hay profesores para poder dirigirla ni tampoco ningún material. Lo siento mucho.

Abdou se echó a llorar. Su sueño de poder estudiar y sacar adelante a su familia había desaparecido. El viejo Konen se acercó a él y le dijo que no se preocupara, que seguro que al final todo iba a salir bien.

Pasaban los meses y el padre de Abdou empeoraba. él estaba ya desesperado, el día en que su abuelo cumplía años se acercaba. Como cada año él deseaba juntarse con su familia esa noche especial, y pasarla bien todos juntos. El día anterior al cumpleaños de su abuelo, le anunciaron a Abdou que tendría que trabajar la noche siguiente. Él asintió, ya que sabía que si se quejaba lo despedirían y él no quería eso.

Llegó la noche del 24 de diciembre. Cogió sus herramientas y se fue a trabajar. Aquella noche él tendría que cortar mucha madera. Sólo de pensarlo ya se cansaba, pero él siguió.

Cuando estaba trabajando, Abdou encontró algo enterrado debajo del árbol que estaba cortando. Al cavar para ver qué era aquello que había allí, se encontró con una vieja caja. Al abrirla vio un papel, ponía: ¡Disfrútalos, sé que te los mereces! Y para su asombro, se encontró con trece mil francos. Saltó de alegría, nunca antes había estado más contento. Corrió hacia casa. Allí estaban su padre, su abuelo y su hermana reunidos. Se asombraron mucho al verle llegar tan emocionado y feliz.

-¡ABUELO, PAPÁ, HERMANA! -gritaba Abdou-

-¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan feliz?- preguntó su abuelo emocionado-

-¿Te acuerdas cuando de pequeño me contabas aquellas bonitas historias sobre los sueños? -gritaba casi llorando Abdou-

-¿Qué ocurre?-pregunta su padre sobresaltado-

-Acabo de encontrar trece mil francos mientras serraba -grita Abdou llorando de felicidad-

Todos se levantaron y se abrazaron. Parecía que su suerte había cambiado.

-Vuelve a trabajar, como tu jefe te sorprenda, te echará del trabajo y bien sabes que necesitamos ese dinero -dijo el abuelo-

Vale, solo quería venir a daros la noticia, no podía esperar, espero que sigáis disfrutando de la noche. -¡Nos vemos al amanecer!- gritó Abdou saliendo de la cabaña-

Aquella noche los miembros de la familia discutieron qué hacer con el dinero. Al final llegaron a una solución que pensaban que era la más adecuada y que así no desperdiciarían el dinero.

A la mañana siguiente al llegar de trabajar, en la cabaña a Abdou le esperaba una sorpresa.

Cuando le dieron la noticia no lo podía creer, su sueño se estaba cumpliendo. Abdou iría a España a estudiar el curso siguiente. Todavía quedaban 7 meses, pero él estaba muy emocionado. No podía creer que fuera a poder estudiar en un colegio de verdad ¡HASTA CON LIBROS!- decía entre gritos de alegría y sollozos-. Se emocionaba cada vez que lo recordaba.

Los siete meses siguientes se los pasó trabajando y consiguió juntar un poco más de dinero para el viaje. Al empezar septiembre su familia le acompañó al puerto. Cuando se tuvieron que despedir, él estaba muy triste. Le daba mucha pena dejar aquella pequeña aldea donde se había criado. Le dio un gran beso a su abuelo, abrazó a su padre y hermana y acarició a Alfi, quien le respondió con un gran lametón, como de costumbre. ¡Cómo iba a echar aquello de menos!- pensaba, pero se aliviaba pensando que esperaba volver no muy tarde y poder ayudar a todos.

Pagó su billete y se subió al barco. Era un barco carguero que transportaba madera a la península. Era todo lo que se podía permitir.

Al llegar a su destino, al puerto de Algeciras, se sentó en un banco y pensó qué iba a pasar a partir de ahora, su vida sería otra diferente. A los pocos minutos pasó una señora mayor, tenía cara de simpática, lo miró por encima de las gafas y siguió andando. Dio unos cuantos pasos y retrocedió, le hizo varias preguntas, Abdou le contó su historia y su sueño. La señora dijo que era amiga de la dueña de un internado, que hablaría con ella para ver si él podría entrar. Él muy feliz aceptó sin pensarlo dos veces.

A los pocos minutos vino un coche, muy grande de 7 plazas, Abdou estaba asombrado. Una señora le acompañó a su habitación, era la número 12. Era muy bonita, luminosa y amplia. Su compañero era un chico de unos trece años, pelirrojo, bajito y con muchas pecas. Aquella noche le contó todas las cosas sobre el internado y quien vivía en él. Abdou estaba muy emocionado de empezar al siguiente día el curso ¡POR FIN!

A la mañana siguiente entró en una gran clase, era muy bonita y decorada. Junto con su compañero de habitación se sentó en una larga mesa con muchos más alumnos. Esa mañana dieron muchas clases. Abdou estaba fascinado.

Así fueron pasando los meses hasta Navidad. Abdou era de los pocos chicos que seguía allí por estas fechas. Él no entendía qué era la "Navidad". Era musulmán.

El 24 de diciembre, el día del cumpleaños de su abuelo al llegar a su habitación se encontró un paquete con su nombre. Lo abrió sin dudarle dos veces, dentro había papel, sobres, sellos, bolígrafos, de todo, para poder escribir cartas a su familia. Se acordó que hacía un año desde que descubriese el dinero.

Fue pasando el tiempo, cada vez iba más rápido, pasaron los meses, los años, Abdou fue pasando cursos, casi siempre con las mejores notas, y a la edad de 17 años estaba listo para ir a la universidad. Su sueño se había cumplido, al fin podría estudiar y convertirse en un gran médico.

Aquel verano antes de empezar la universidad, estuvo trabajando en varias cosas, no le pagaban mucho, pero él no necesitaba demasiado. En el mes de septiembre se mudó a un pisito, humilde y sencillo, con otros compañeros, nuevos amigos, pensó. Seguía mandando cartas a su familia, les echaba muchísimo de menos.

En el piso donde Abdou estaba, había una chica que se llamaba Julia, era morena y muy guapa. Era muy simpática y cariñosa, Abdou se fue enamorando poco a poco de ella.

Los seis años de carrera de Medicina, se le hicieron cortos, adoraba su carrera y estaba deseando poder ayudar a los demás.

Con 23 años Abdou terminó la carrera y por fin pudo trabajar en un hospital unos meses para ganar algún dinero para el viaje a su aldea.

Al poco tiempo se casó con Julia que también había estudiado medicina. Los dos hicieron un viaje al pueblo de Abdou. El padre de él estaba ya muy enfermo. No aguantaría mucho más. La enfermedad era muy cruel y maligna. Por suerte para él, Abdou lo atendió a tiempo y consiguió salvarlo.

El pequeño Alfi se había convertido en un gran perro. Abdou llevaba ahorrando casi nueve años y consiguió construir un hospital benéfico, era totalmente gratis. Abdou y Julia proporcionaban las medicinas, recogidas en la península y algo de material que desechaban los hospitales españoles.

Trabajaban contentos y la aldea fue recuperando poco a poco sus ganas de vivir. El futuro era esperanzador, sobre todo para los niños pequeños, que antes por cualquier pequeña enfermedad morían.

Abdou por otra parte se sentía mal ya que se lo debía todo a España. Se había dado cuenta de que su corazón estaba dividido. Le parecía injusto abandonar España así, después de todo lo que había hecho por él.

Cuando volvió a España al cabo de unos meses, vino con su familia y Alfi. Construyeron otro hospital benéfico en un barrio de las afueras de Granada, donde la población estaba casi tan mal atendida como en su aldea, porque en España había gente que no se podía permitir las medicinas: inmigrantes, estudiantes, pensionistas, parados...

Se compró una casa con Julia y con su pequeño amigo Alfi. Su padre le ayudaba en lo que podía en el hospital y era muy feliz haciendo feliz a la gente.

En ese momento Abdou, se dio cuenta de que había cumplido su promesa con su aldea, si no fuera por el dinero que encontró años atrás, todo esto no hubiese sido posible. Abdou se consideraba la persona más feliz del mundo después de haber ayudado a su aldea y a España, sobre todo a la gente que como él llegó a España en unas condiciones poco humanitarias.

Se había dado cuenta de que con esfuerzo y esperanza su sueño se había cumplido y su compromiso fue doble: por un lado ayudar a sus vecinos de la aldea y por otro devolver a España la ayuda que había recibido para poder estudiar.

Así, con corazón, trabajo y compromiso solidario, dedicó su vida a ayudar a los necesitados allí donde estuvieran.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

# La flor de todos los colores

Violeta Ruiz Azorín



...decidió dejarles algo: **Esperanza.** Era hora de emprender el viaje de vuelta. De nuevo el viaje a través del universo diviso y solitario. Y al llegar se arrodilló frente al espacio yermo de superficie en el que no había brotado nada y comenzó a relatarle la historia de la Tierra.

Narró que había visto un planeta inmensamente bello habitado por hombres y mujeres de muchas razas, culturas, colores y lenguas diferentes, que a pesar de los miedos, las dudas y las fronteras formaban parte de algo mucho más importante: una aldea global e intercultural que los agrupaba a todos como hermanos de una misma madre, nuestra Tierra, a la que debemos cuidar y respetar pues es nuestra casa y nuestra posesión común. Contó todas las cosas hermosas que había en el mundo, cómo existe la **comprensión**, la **solidaridad** y el **amor**. Y así regó con palabras de paz la semilla sembrada y esta poco a poco fue germinando, creciendo impulsada por la voz que le invitaba a vivir. Y fue entonces cuando allí, muy lejos, en un pequeño planeta azul que giraba en el universo, una flor se abrió desplegando sus pétalos. A uno de cada color.

Supo que pudo haber borrado muchas otras tristezas e injusticias del mundo, pero en lugar de eso decidió dejarles algo: **Esperanza.**

Hecho esto, se marchó. Era hora de emprender el viaje de vuelta.

Después de recorrer de nuevo el viaje a través del universo diviso al fin su pequeño planeta azul girando solitario. Y al llegar se arrodilló frente al espacio yermo de superficie en el que no había brotado nada y comenzó a relatarle la historia de la Tierra.

Narró que había visto un planeta inmensamente bello habitado por hombres y mujeres de muchas razas, culturas, colores y lenguas diferentes, que a pesar de los miedos, las dudas y las fronteras formaban parte de algo mucho más importante: una aldea global e intercultural que los agrupaba a todos como hermanos de una misma madre, nuestra Tierra, a la que debemos cuidar y respetar pues es nuestra casa y nuestra posesión común. Contó todas las cosas hermosas que había en el mundo, cómo existe la **comprensión**, la **solidaridad** y el **amor**. Y así regó con palabras de paz la semilla sembrada y esta poco a poco fue germinando, creciendo impulsada por la voz que le invitaba a vivir. Y fue entonces cuando allí, muy lejos, en un pequeño planeta azul que giraba en el universo, una flor se abrió desplegando sus pétalos. A uno de cada color.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Cuentan que muy lejos, en un pequeño planeta azul que giraba en el universo habitaba un ser que era un recopilador de historias. Tenía un pincel hecho con la luz de los astros y viajaba por todo el espacio buscando hermosos relatos que recogía en su corazón y con los que hacía crecer las plantas de su jardín, que ocupaba todo el planeta en el que vivía.

Un día, tras años y años de hacer crecer su vergel, se dio cuenta de que había llenado todo su hogar de una exquisita floresta, pero quedaba un pequeño espacio en el que no había crecido nada y decidió hacer brotar una flor. Así que comenzó a relatar todas las historias que conocía de los lugares en los que había estado; sin embargo, nada nació de la tierra. El ser comprendió que para que aquella flor germinara debía encontrar una historia especial, la más hermosa de todas las que habían recogido hasta ahora, de modo que cogió su pincel de luz, se despidió de las estrellas y de las plantas y partió en busca de aquel relato.

Fue un larguísimo viaje a través del espacio, pero después de vagar y vagar encontró un planeta iluminado por la luz de una magnífica estrella. Había llegado a la Tierra.

El viajero fue descendiendo desde los cielos y el primer sitio que visitó fue la India.

Atravesó sus bosques y vio cómo pequeños hombres se subían a lomos de enormes elefantes y recorrían senderos a través de la selva. Anduvo por el desierto del Thal y llegó a las altísimas cumbres del Hima-

laya donde conoció a los budistas que alzaban templos en las montañas. Pasó por las abarrotadas ciudades y pudo ver cómo convivían al mismo tiempo muchas personas de diferentes religiones, culturas y lenguas, mezclándose unas con otras. Y escuchó historias de cómo por medio de la paz y la no violencia, aquel país había luchado por la libertad.

Pero no sólo fueron cosas buenas lo que vio el viajero, también pudo ver la pobreza, la tristeza, el analfabetismo y la desnutrición y se preguntó cómo en un lugar tan hermoso y lleno de recursos podía haber tanta miseria. Quiso hacer desaparecer todo aquello y con su pincel fue borrando todas las injusticias que veía a su paso, hasta que decidió que ese planeta fuera muy grande y todavía le quedaban muchas cosas por ver y se marchó a otro lugar.

Atravesó el Océano Índico y llegó hasta África, el gran continente que había sido la cuna del ser humano. Descendió hasta Egipto y lo recibieron las pirámides impresionantes que se alzaban hacia el cielo y el río Nilo que regaba aquel país que conservaba las ruinas del gran Imperio que fue algún día, regado por los rayos del dios Ra, el sol.

Visitó también la Sabana Ardiente y conoció a unos humanos de piel negra y hermosa como la noche, que amaban la naturaleza y los animales y al irse el sol cantaban alrededor del fuego y bailaban al ritmo de los tambores.

Fue al gran desierto del Sáhara con sus enormes dunas de arena naranja desde el cual, en las noches frías, se ven más estrellas que en ningún otro lugar del mundo.

Paseó por el zoco de Marrakech, ciudad que se despierta con el canto de la oración desde las mezquitas y vio a los narradores que conocen las historias de los desiertos y a los encantadores de serpientes embaucando a los transeúntes con sus mágicas flautas.

Atravesó los campos morados de azafrán y las montañas del Atlas donde habitan en pequeños pueblos nacidos en la roca de las cordilleras los pastores de cabras.

Pero también sintió el hambre y escuchó las lágrimas que las madres derraman al mar cuando sus hijos se tienen que marchar en pateras hacia algún futuro incierto. Y la melancolía del que deja atrás su tierra. Y el dolor de esas malditas verjas de espinas que se clavan en los pies descalzos.

Así que el viajero sacó su mágico pincel y fue borrando llantos y alambradas a su paso, hasta que tuvo que marcharse a otro lugar.

Así llegó a América del Sur, que huele a café y sabe a vainilla. Lo primero que vio fue la Patagonia, ese lugar mágico entre Argentina y Chile plagado de lagos azules e inmensos glaciares y la cordillera de los Andes con sus bosques infinitos en cuyo corazón se alzan las civilizaciones Maya y Azteca, que fueron más allá y no sólo observaron, si no que aprendieron a escuchar a las estrellas.

Divisó una enorme extensión verde y así conoció el Amazonas. Y el ser se sintió fascinado al ver tantos millones y millones de árboles, tan altos y grandes que desde el suelo de la selva apenas se puede ver el cielo. Había muchísimas clases de flores diferentes, grandes, pequeñas, de todos los colores y fragancias, que le envolvían en ese paraíso exótico que es el pulmón del mundo, mientras escuchaba el eterno sonido de los pájaros y los monos allá en lo alto. Descubrió a las últimas tribus de indígenas que vivían en la selva amazónica y que podían percibir el latir de la madre naturaleza, escuchar su respiración profunda y sentirse parte de la misma energía que mueve el mundo.

Pero el ser también vio cómo mataban a los árboles e iban haciendo desaparecer el bosque a golpe de sierra y excavadora, matando a su vez a los indios que moraban en él y que lloraban la caída de cada árbol.

Fue a las ciudades y vio las fábricas, el humo y la tristeza en los corazones. Entonces volvió a desenfundar su pincel de luz y se puso a borrar todas aquellas cosas hasta que, de nuevo, sintió que era hora de marcharse, pero esta vez a un destino mucho más lejano, ya casi tenía la historia que necesitaba y se acercaba el momento de regresar a casa.

Cuando se alejó de Sudamérica sobrevoló una próspera región, rica y dónde abundaba el bienestar. Era Europa, donde en comparación con el resto de lugares en los que había estado apenas había pobreza, donde todos los niños y niñas podían ir a la escuela y tener ropa y zapatos, pero donde lo que más importaba eran unos pedazos de papel impreso que provocaban envidias y guerras por poseerlos.

El ser se elevó en el cielo y desde allí observó todo aquel planeta y comprendió que todavía era un proyecto futuro que podía convertirse en un lugar mejor. Porque a lo largo de su viaje también había podido percatarse de muchas personas anónimas, valientes y con un corazón enorme que dedican su vida a ayudar a los demás y a concienciar al mundo. Y es que con conciencia en los pequeños actos se pueden llegar a hacer grandes cosas.

Supo que pudo haber borrado muchas otras tristezas e injusticias del mundo, pero en lugar de eso decidió dejarles algo: Esperanza.

Hecho esto, se marchó. Era hora de emprender el viaje de vuelta.

Después de recorrer de nuevo el viaje a través del universo divisó al fin su pequeño planeta azul girando solitario. Y al llegar se arrodilló frente al espacio yermo de superficie en el que no había brotado nada y comenzó a relatarle la historia de la Tierra.

Narró que había visto un planeta inmensamente bello, habitado por hombres y mujeres de muchas razas, culturas, colores y lenguas diferentes, que a pesar de los miedos, las dudas y las fronteras formaban parte de algo mucho más importante, una aldea global e intercultural que los agrupaba a todos como hermanos de una misma madre, nuestra Tierra, a la que debemos cuidar y respetar pues es nuestra casa y nuestra posesión común. Contó todas las cosas hermosas que había en el mundo, como existe la comprensión, la solidaridad y el amor. Y así regó con palabras de Paz la semilla sembrada y ésta poco a poco fue germinando, creciendo impulsada por la voz que le invitaba a vivir. Y fue entonces cuando allá, muy lejos, en un pequeño planeta azul que giraba en el universo, una flor se abrió desplegando sus pétalos. Uno de cada color.





ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

*“La vida está llena de obstáculos, pequeños y grandes, que podemos derribar: con fe en nosotros mismos y con la ayuda de las personas que nos apoyan y quieren “.*

Gloria Roldán

Esta historia que os voy a relatar nos la ha contado mi abuela María a mi hermana Ana y a mí muchísimas veces. Cada vez que nos quejamos porque tenemos mucha tarea o mucho que estudiar, mi abuela siempre nos dice lo mismo: “No os quejéis tanto, yo conocí hace muchos años...”

Bueno, vamos al principio, mi abuela María, que tiene la misma edad que Adolfo Suárez, porque eso es lo que siempre responde cuando le preguntan por su edad. Fue maestra, aunque ella dice que se es maestra toda la vida. En el año 1955 la destinaron a un pueblecito de Almería llamado Macael y allí conoció a la protagonista de nuestra historia: Gloria Roldán, que entonces tenía 11 años.

Gloria era guapísima, alta para su edad, delgada, con el pelo largo y muy negro y siempre lo llevaba recogido con dos largas trenzas. Era una niña muy alegre y despierta.

Mi abuela siempre cuenta que el primer día de clase, ella llegó temprano para abrir la escuela y ya Gloria estaba allí con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba acompañada por su hermano Rafael, 10 años mayor que ella. Como faltaban 15 minutos para que empezaran las clases, mi abuela le dijo a Rafael que se fuera, que ella ya se ocupaba de Gloria y esta le contó que era la menor de 8 hermanos, que era la única niña y que todos, incluido su padre, trabajaban en las canteras de mármol, que eran muy pobres y que su madre se quedó embarazada de ella cuando tenía 46 años. Nació muy pequeña y a los dos años sufrió una enfermedad que se llama poliomielitis y, por eso, iba en una silla de ruedas.

Mi abuela se dio cuenta enseguida de lo bien que contaba las cosas y de la facilidad que tenía para expresarse. Gloria aprendía muy rápido, demasiado rápido. Ayudaba a sus compañeros a leer y a hacer cuentas, les contaba historias que ella improvisaba y todos se quedaban muy callados porque Gloria cambiaba el tono de su voz y hacía de anciana, de niño, de pirata malvado...

Como ella no podía correr, ni saltar a la comba como los demás se pasaba los recreos contando cuentos a pequeños y grandes que se cansaban de ir de un lado para otro y venían ,sin aliento, a sentarse a sus pies y le decían:

-Hoy, Gloria, cuéntanos una de piratas...

Y ella, en un segundo, ya tenía la historia y si había una tormenta, con sonidos, simulaba los truenos, el viento, los relámpagos...

Antonia y Rafael que así se llamaban sus padres habían nacido en Macael, al igual que sus antepasados. Todos eran personas muy trabajadoras que desde muy pequeños ayudaban en casa porque había poco dinero y eran muchos para comer. Sus hermanos habían ido a las escuela lo justo y apenas sabían leer y escribir. Gloria siempre decía, cuando ya se hizo mayor, que ella había tenido mucha suerte de tener esa minusvalía, porque si no hubiera sido por esto no habría podido hacer todo lo que después hizo. Su futuro hubiera sido el de sus hermanos y el de las niñas de su pueblo: ir a la escuela un poco, casarse muy joven, tener muchos hijos y repetir la historia de nuevo.

Pero ella siempre fue diferente. Como no podía ayudar a su madre a hacer las tareas del hogar, porque aparte de ir en silla de ruedas tenía la mano izquierda deformada y no la movía con facilidad, dedicaba las tardes a leer en la puerta de su casa los libros que le dejaba su maestra. Leía y leía sin parar y pronto agotaba todas las existencias.

El tiempo fue pasando muy rápido, Gloria se hacía mayor y ya había que plantearse qué haría en el futuro. Era una muchacha con muchas posibilidades, muy inteligente y su maestra siempre vio en ella grandes cualidades.

Un día, María, que tenía debilidad por ella, le preguntó:

-Gloria, ¿tú qué quieres hacer en el futuro?

-Maestra, como tú-respondió ella.

Pero se dio cuenta que se le escapaba una lágrima.

-¿Por qué lloras? - preguntó su maestra.

-Lloro porque mi familia no me va a permitir nunca que me vaya a Almería a estudiar. Me ven tan incapaz de todo. ..Mi madre siempre me dice que soy muy lista, pero que adónde voy a ir yo si no puedo valerme por mí misma. Y es verdad. ¿Dónde voy yo? Si no puedo ni asearme, ni ir sola al servicio, ni prepararme la comida.

La maestra se quedó muy pensativa. Veía muy injusta la situación, pero qué podía hacer ella. Eran tiempos muy difíciles, la posguerra había sido muy larga, el sueldo de una maestra era de 800 pesetas y apenas podía sobrevivir ella. Por eso se decía en esta época: "Pasas más hambre que un maestro de escuela".

Llegaba el momento de tomar una decisión, la maestra de Gloria pensaba y pensaba pero no veía soluciones.

Llegó la Navidad de 1961, y María volvió a su pueblo (Viator) para pasar estas fiestas con su familia y, uno de esos días, fue a hablar del caso de Gloria con el cura de su pueblo. Le contó que era una niña con una importante discapacidad física, pero que tenía un talento fuera de lo normal, que ella no había visto nada igual en su vida. Le dijo que su familia era muy pobre y que la veían incapaz de valerse por sí misma, pero que tenían que ayudarla porque era una pena que una muchacha con esas capacidades no pudiera estudiar. Era muy injusto. El cura se quedó muy pensativo y le dijo a la maestra que era un tema muy difícil: primero por lo económico; segundo, porque si sus padres se oponían, era imposible y tercero, había que plantearse que ella necesitaba ayuda para todo.

La maestra le pidió al cura que después de Navidades la visitara en Macael para que conociera a Gloria. Ella sabía que cuando la viera todo iba a cambiar y que encontraría un aliado en el sacerdote.

Terminaron las Navidades y "María, la maestra," como la llamaban en el pueblo, volvió a Macael, hacía un frío increíble, estaba todo nevado y los niños jugaban en las calles, tirándose bolas de nieve.

Se dirigió a la casa en la que tenía alquilada una habitación que, por cierto, no le cobraban porque aunque los maestros ganaran muy poco dinero en esos tiempos, eran muy queridos y respetados y, en Macael, no sabían qué hacer para agradecerla.

Pasó el invierno muy lentamente, se salía poco por el frío y las tardes se pasaban junto a la chimenea, leyendo o haciendo labores. Muchas tardes, María visitaba a Gloria, su madre Antonia se ponía muy contenta porque así le hacía compañía y ella podía salir y hacer cosas como dar de

comer a los animales y recoger frutos del huerto. A María le encantaba que Gloria le leyera en voz alta y, muchas veces se daba cuenta de que no seguía el libro sino que se inventaba la historia con tanta seguridad que no se notaba y, para hacerla rabiar, hacía como que se enfadaba con ella y le decía:

-Gloria, otra vez cambiándolo todo...

Y las dos se reían juntas.

Una tarde, como tantas otras, en la que fue a visitarla. Le extrañó no encontrarla en la puerta leyendo. Le preguntó a su madre por ella y le dijo que no sabía lo que le pasaba, que no se había querido levantar de la cama ni hablar con nadie. Le comentó que le había preguntado si le dolía algo, si se encontraba mal y que ella respondía llorando.

María no daba crédito, no entendía que una chica tan alegre estuviera de esa forma. Le preguntó a su madre si podía verla y la madre la acompañó hasta su dormitorio. La casa era muy pequeña a pesar de ser 10 de familia. Sólo tenía tres dormitorios: el de María que era pequeñísimo, sólo cabía su cama y la silla de ruedas; otro, que utilizaban sus padres y los hermanos dormían, la mitad, en un cuarto y la otra, en colchones que se ponían por la noche en el suelo de la cocina.

Cuando María entró en el dormitorio vio a Gloria vuelta hacia la pared, la habitación no tenía ventanas y se olía a cocido, que era la comida que estaba preparando su madre. María la llamó y, de momento, Gloria se volvió con los ojos enrojecidos y le preguntó:

-¿Qué te pasa Gloria?

-Nada, no te preocupes por mí-respondió ella.

Había pasado el tiempo y la maestra conocía muy bien a Gloria, sabía que algo grave le pasaba, se habían hecho grandes amigas porque aunque se llevaban 10 años, Gloria era tan madura y tan culta que hablaba con ella como si fueran de la misma edad. La muchacha le pidió que le ayudara a vestirse y así lo hizo. Cuando estuvo perfectamente vestida y peinada, se fueron al porche porque hacía una tarde agradable, ya estaba cerca la primavera. Y, en ese momento, la niña se sinceró con ella:

-María -dijo-, yo quiero estudiar, no quiero ser un lastre, aquí metida entre estas cuatro paredes toda mi vida. Quiero ser maestra, enseñar a otros niños, ser una persona útil. Aquí en mi pueblo seré una carga para mis padres y hermanos. Mi madre está mayor, ha trabajado mucho, está muy cansada, me lo tiene que hacer todo...

Las dos amigas se pusieron a llorar y, en ese momento, entró la madre y les pidió que le dijeran qué estaba pasando, que ella no sabía qué hacer, quería lo mejor para su hija, sabía que era muy lista y que el trabajo de maestra lo podía hacer muy bien, pero que cómo se iba a ir a estudiar sola a Almería, si no podía valerse por sí misma. Podrían darle una beca, pero... ¿y lo demás? María no sabía qué responder, entendía a la madre y a Gloria. Esa tarde hablaron mucho y la maestra regresó a su casa muy pensativa y preocupada.

Pasaron los días, ya había llegado la primavera y una tarde de miércoles llegó a Macael: D. Manuel, el cura del pueblo de María, venía a visitarla y a ver a un antiguo amigo que vivía en Tíjola, un pueblo cercano. Eran las tres de la tarde cuando tocó a la puerta de la casa en la que estaba alojada la maestra. Abrió la dueña, Dolores, él le dijo que era el cura del pueblo de María y que venía a verla. No tuvieron que avisarla, al oír su voz, se levantó de la silla y salió corriendo a la calle.

-¡Qué alegría, D. Manuel, no me lo puedo creer!-comentó la maestra.

-Pues sí, hija- le contestó-, lo prometido es deuda y aquí estoy.

-Pero, pase, pase - dijeron a la vez Dolores y María.

Se sentaron en la cocina y la dueña les preguntó si querían una limonada. Hablaron de la escuela, de la vida en el pueblo, de que menos mal que había llegado la primavera porque allí el invierno había sido muy duro...

Pero de momento, María le comentó al cura que tenía que conocer a Gloria, que vivía muy cerca y el cura le dijo:

-No son horas de visitar a nadie. Espera que sea un poco más tarde.

A las cinco, los dos se dirigían a su casa. La madre, Antonia, los vio llegar y los miró extrañada porque no conocía a ese sacerdote. María los presentó, les dijo que era el cura de su pueblo, que había ido a visitarla y que tenía mucho interés en conocer a su hija. Ella se puso muy colorada y D. Manuel le comentó que María le había hablado mucho de ella y que había insistido para que la conociera. Ella le dijo:

-Es que María me quiere mucho y siempre habla muy bien de mí, aunque seguro que ha exagerado.

-No creas, -dijo el sacerdote- María no suele exagerar. Ella siempre dice la verdad y vengo a conocerte porque ha insistido tanto. Me ha dicho que tienes mucho talento y que quieres ser maestra como ella.

-Bueno, claro que me gustaría -añadió Gloria-. Pero eso es imposible.

-Imposible no hay nada en la vida- replicó el cura.

D. Manuel quería conocerla y que le hablara de ella y esta le dijo a su madre que le trajera una caja que tenía en su cuarto. La madre fue a por ella, se la entregó y sacó 12 pequeños cuadernos. María y el cura se quedaron boquiabiertos. Eran relatos y poemas que había escrito durante años.

El sacerdote leyó el primero que se encontró en voz alta, delante de las tres mujeres: María, Gloria y la madre de ésta. El relato tenía 55 páginas y lo leyó hasta el final. Los tres, se quedaron impresionados por la historia. Estaba llena de ternura y contaba las aventuras de una niña huérfana que hizo lo imposible para sacar adelante a sus hermanos en una época muy difícil: la posguerra.

Ni María, ni nadie sabían que Gloria estaba escribiendo. Fue una agradable sorpresa para todos. El sacerdote le dijo a las tres mujeres que una muchacha con ese talento no podía desaprovecharlo. Les prometió que iba a intentar por todos los medios que pudiera estudiar. La madre se puso a llorar, estaba muy preocupada, ella no estaba acostumbrada a esas cosas, no sabía cómo reaccionar: por un lado, estaba muy contenta de que se preocuparan por buscar un futuro mejor para su hija pero, por otro, veía sus limitaciones y si se iba a Almería quién la iba a cuidar. Ella no podía acompañarla, era la única mujer de esa casa, su familia la necesitaba, sólo se habían casado dos de sus hijos, los demás vivían allí y no tenía ayuda de nadie.

Al mes siguiente, cerca de las vacaciones del año 1961, el cura regresó de nuevo al pueblo con buenas noticias: Gloria podía ser alojada en un convento muy cercano a la Escuela de Magisterio donde iba a estudiar, sólo necesitaban que alguien de la familia la acompañara en estos años para que la ayudara y María se puso a pensar en una solución porque a la madre de Gloria había que darle las cosas hechas. Se agobiaba con facilidad, tenía mucho trabajo y no había en su familia ningún miembro que hubiera estudiado y menos podía entender, que su hija discapacitada lo hiciera.

María pronto pensó en una tía de Gloria, viuda y sin hijos : Juana. Esta tenía entonces 40 años y vivía sola en un pueblo cercano: Serón. La conoció un invierno porque solía ir con cierta frecuencia a Macael y estaba muy encariñada con su sobrina. A ella le hubiera gustado vivir con su hermana Antonia y ayudarla, pero la casa era muy pequeña y no

había sido posible. Juana siempre había estado muy pendiente de Gloria, le hacía mantitas muy coloridas para que se las pusiera en las piernas durante el invierno y siempre le traía dulces que hacía ella misma. Juana era una mujer de mucho carácter, pero muy cariñosa a la vez. Decía que nunca se volvería a casar, que echaba mucho de menos a su difunto esposo, pero que era muy feliz así.

María decidió ir a visitarla y un viernes se presentó en su casa. Tenía que dejarlo todo arreglado antes de irse de vacaciones para Viator, porque al año siguiente ya no volvería a Macael, al menos como maestra porque le habían dado un nuevo destino mucho más cerca de su pueblo. Llegó a las 5 a Serón. Le explicó la historia con detalle a Juana: que Gloria quería y debía estudiar, que el cura de su pueblo había buscado para ella alojamiento y comida en un convento cercano a la Escuela de Magisterio, pero que necesitaba que alguien la acompañara para ayudarla en sus tareas diarias y quería saber si podía contar con ella.

Juana, en un principio, se quedó desconcertada porque no se esperaba ni la visita, ni la proposición que le habían hecho. Era una mujer de pueblo, que nunca había salido de su entorno y no supo cómo reaccionar. Le dijo que le diera unos días para pensárselo y que le daría la respuesta pronto.

A los tres días, Juana llegó a Macael, se pasó por la escuela y le dijo a María que por la tarde la esperaba sobre las cinco en la casa de su hermana.

María llegó puntualmente y se encontró a las tres mujeres sentadas en el porche. Antonia le preguntó si quería un poco de limonada y ella le dijo que sí. Cuando dejó los vasos en la mesa, Juana dijo:

-Mirad he tomado una decisión, me voy con Gloria a Almería porque ella tiene que estudiar, yo la voy a ayudar en todo lo que necesite y veréis como en un futuro todos nos vamos a sentir muy orgullosos de ella.

Al año siguiente, Gloria hizo todos los exámenes para entrar en la Escuela de Magisterio y obtuvo la nota más alta. Mientras hacía su carrera, escribía sin parar: cuentos, poesías, artículos para el periódico, etc. No sólo la terminó, sino que sacó el número 1 en las oposiciones, y empezó a trabajar en un colegio de Almería. Su tía siempre estuvo a su lado hasta el día que murió (35 años más tarde). Le dedicó toda su vida, pero siempre dijo que había merecido la pena porque había recibido de su sobrina mucho más de lo que ella le había dado.

Gloria empezó a trabajar, pero seguía escribiendo sin parar y recibió una oferta de la editorial Santillana para que colaborara con ellos, pero tenía que trasladarse a Madrid. Lo habló con su tía y ésta le dijo que si era lo que ella quería que la acompañaría, como siempre. Se fueron a Madrid y llegó a ser una de las directoras de esta editorial.

Pero Gloria nunca se olvidó de su familia, los visitaba siempre que podía y los ayudó económicamente. Siempre estuvo muy preocupada de su madre y cuando ésta enviudó, se la llevó a vivir con ella. Y vivió con su madre y con su tía Juana hasta que murieron las dos.

Hoy Gloria tiene 70 años, está jubilada, es una mujer que ha conseguido sus objetivos y se siente muy feliz. Sigue viviendo en Madrid, aunque viene con frecuencia a Almería, sobre todo en verano porque tiene una casa en Cabo de Gata. Ha sido y sigue siendo una mujer con mucha fuerza. Ha podido hacer realidad sus sueños y ayudó a todos sus sobrinos para que hicieran una carrera universitaria. De eso se sentía muy orgullosa y siempre decía:

-Yo he podido llegar muy lejos con la ayuda de mi familia y de muchas personas que me han querido y cómo no voy a devolverles un poco de lo que me han dado.

Aquí acaba la historia de una mujer luchadora y ejemplar en todos los sentidos.

## EPÍLOGO

Doy las gracias a mi abuela que me ha ayudado a reconstruir esta historia que ocurrió hace muchos años. Nos lo hemos pasado muy bien las dos, recordando su pasado y esto no sólo me ha ayudado a conocer un poco más a Gloria, sino también a mi abuela.

Yo conocí a Gloria en el Año 2009, le hacían un homenaje a mi abuela y mi madre la avisó. Sólo sabía mi madre que vendría y fue muy emocionante para todos, sobre todo, para mi abuela María. Llegó de forma inesperada al Salón de Actos acompañada por una señora, se situaron en una esquina y todos nos quedamos mirándolas, el Alcalde la presentó, dijo que hoy teníamos la suerte de que nos visitara una mujer muy importante y subió al escenario.

Estaba muy emocionada y nos contó a todos lo que había significado mi abuela para ella y que no podía faltar ese día. Yo era pequeña

entonces, pero todavía me acuerdo de sus palabras y de cómo lloraban todos los que la escuchaban. Se expresaba muy bien, hablaba con mucha fuerza y seguridad y consiguió emocionar a todo el mundo. Habló de la importancia del esfuerzo, de luchar por conseguir unas metas y de lo que significó para ella el apoyo de muchas personas que la querían y apoyaron incondicionalmente en todos sus proyectos.

Por eso, ahora entenderéis que cuando mi hermana y yo nos quejamos de algo, mi abuela nos cuente esta historia: la de Gloria Roldán, un ejemplo de constante superación en un tiempo que todo era muy difícil y más para una mujer que además, era discapacitada.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

# Un Recorrido hacia La felicidad

Lucía Gómez Cerezo



les felicitó por...  
an Susi y Paco lo que...  
Susi y Paco se fueron muy contentos porque los dos habían cumplido sus sueños, además ¡salie...  
ocidos por el mundo como una pareja luchadora por la felicidad mundial, además de las...  
final Susi y Paco...  
ias personas que son. Fueron un matrimonio muy feliz, se mudaron a una...  
con Pelusa, y una nueva mascota, la tortuga Cloti. Susi y Paco fueron las personas más felices del mundo al saber...  
a gente que verdaderamente lo necesitaban, y que ahora el mundo sabe lo importante...  
todos los años hacer un recorrido...  
eli...  
is...



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Érase una vez... En un pueblo llamado "La Gaviota," vivía una zarigüeya llamada Susi. Era muy bajita, delgada, de ojos negros y pelo rizado, también era muy simpática, agradable y muy muy presumida. Tenía una casa en la calle Mediterráneo que era muy bonita, pues Susi tenía muy buen gusto. La había decorado con cuadros preciosos, con un color muy llamativo, con jarrones y con fotografías de cuando fue a China, Australia, Alaska, América y Londres. Era muy viajera y solidaria.

Tenía un amigo llamado Sr. Conejo, pero ella le decía Pepito. Era delgado, feo, de ojos negros y pelo pelirrojo, le llevaba dos años. A Susi le encantaban las mascotas, pues ella tenía un gato llamado Pelusa, era tan suave como el algodón, blanco con manchas negras, de ojos azules, y muy cariñoso.

Susi era una zarigüeya soltera, pues no había encontrado a su media naranja, además como era tan viajera, prefería hacer su vida sin que nadie que le imponga hacer lo que le gusta. Susi trabajaba en una empresa de viajes llamada Viajes no a tiempo. Su deber era dejar contento al cliente que fuera a visitar su bonita empresa.

Susi era muy solidaria y viajera, pero jamás había tenido la oportunidad de viajar a algún país y ayudar como es merecido. También colaboraba en campañas para recolectar dinero, alimento, juguetes... A ella lo que le importaba es que los animalillos que actualmente no tienen que llevarse a la boca, los animales que no pueden regalarle en Reyes nada a sus hijos, pues Susi quería que eso cambiara. ¿Pero, necesitaba

ayuda? La verdad es que si, aunque Susi hacía todo sola, pero ir a un país desconocido y demás, pues necesitaba un pasaporte y mucho papeleo. ¡Susi necesita ayuda!

Un día en su oficina, se metió en una página por Internet. Así pudo contemplar los países que están gravemente en la pobreza, sin casas, sin algunos derechos. Se le ocurrió hacer un recorrido por esos países y así ayudar a los pobres animales.

Una mañana Susi le dijo a su amigo Pepito:

-¡Buenos días!

-Hola Susi-le contestó él.

-¿Te apetecería hacer un viaje conmigo?

-Susi, hemos ido ya a 20 países, no tengo ganas de gastarme dinero, prefiero ahorrar y comprar un frigorífico, que me hace falta.

-Pero si solo hemos ido a 5, además que más da el frigorífico, eso es un capricho tuyo, prefiero ir a algún país.

-Un momento, ¡ya sé por dónde van los tiros!

-Vale, se acabó... Quiero hacer un recorrido por países pobres, así podré donar dinero, alimento, juguetes.

-No, no quiero ayudar a esos animales, a mí no me dan pena.

-De qué te sirve ser feliz solo, si medio mundo está viviendo en malas condiciones y en la pobreza. Se supone que la felicidad se logra al vivir bien los unos con los otros y en unas condiciones medianamente bien. No lo entiendo, pero da igual. Utilizaré mi inteligencia para poder cumplir mi sueño.

-Bueno, haz lo que quieras.

Después de esa conversación, Susi se quedó muy pensativa.

A la mañana siguiente se presentó en la Oficina de Viajes un tal Paco. Paco era un ratoncillo muy pequeño, pero no dejaba atrás lo inteligente que era. Tenía los ojos saltones y azules y el pelo negro. Llegó a las diez y el turno de Susi era a las diez, ¡Susi llegaba tarde! En la oficina no había ningún dependiente que le ayudara a buscar hotel o lo que quisiera Paco. De repente Susi llegó y lo primero que hizo fue pedir perdón por la impuntualidad. Cuando ella se organizó, pidió por favor a Paco que le disculpara y que se sentara en una silla, de esta manera ellos podrían hablar tranquilamente. Esta fue la conversación:

-Mire, quisiera que me aconsejara un país donde al finalizar el viaje, me quede impresionado, de sus culturas, de la gastronomía, de los monumentos...

-Pues yo he ido a muchos países y algunos de los más bonitos son: Londres, Alaska, China, España, Italia... ¿Pero no quiere usted cambiar un poco y hacer un recorrido por muchos países a mitad de precio?

-Bueno, es verdad que a veces por cambiar...

-¿Qué países son los que te gustaría visitar?

-Pues los países donde están pasando por una dura situación, están en crisis, no tienen comida, ni dinero, ni un colegio, ni un hospital...

-¡Anda, igual que yo!

-¿Cómo?

-Mire yo quiero visitar muchos países, cuyos habitantes estén pasando hambre, los animalitos no tienen un colegio... Quiero hacer un recorrido por todos esos países, porque quiero que todos seamos felices.

-¡Me parece buena idea!

-Bueno, pues pásate otro día. Yo ya tendré todo preparado.

-Vale, hasta otro día.

Susi se quedó muy contenta, ¡pues ya podía cumplir su sueño!

Pasada una semana Susi lo tenía todo preparado. Lo curioso es que no había reservado ningún hotel, pues quería que fuera una aventura divertida. Solo tenía el avión para ir de país en país.

Al siguiente día, Paco fue a la Agencia de Viajes a hablar con Susi y le dijo:

-¡Hola!

-Hola Paco, ¡ya lo tengo todo preparado!

-¡Me alegro mucho! Cuéntame...

-Primero vamos a África, después a Níger, a continuación a Malí, luego a Etiopía, y a Burundi.

Paco se quedó fijo mirando a Susi, ¡se estaba enamorando!

Pasadas dos semanas, Paco y Susi estaban en el avión para ir a África. Les tocó un avión súper pequeño, donde sólo podían pasar 25 pasajeros. El piloto era un borracho, que no te podías fiar ni un pelo. Susi estaba aterrorizada porque de camino les pilló una tormenta eléctrica, además el piloto estaba loco, muy loco.

Tras pasar 12 horas, por fin llegaron a África, la verdad es que fue una paliza...

Lo primero que hicieron fue descansar y dormir un poco. Cuando se levantaron, se fueron acercando a las pequeñas aldeas que había por

esa calurosa zona. Se encontraron a animalillos jugando al piílla-piílla, al escondite. Paco fue listo y se trajo un maletín con juguetes para los animalillos, medicinas para los ancianos, ladrillos y cementos, pues Paco era aparte buena persona, un excelente albañil...

En África estuvieron una semana, pues en ese bonito continente había muchas aldeas a las que acudir. Los animales africanos estuvieron muy agradecidos de Susi y Paco, pues ellos fueron muy solidarios y simpáticos con ellos.

En tres semanas les dio tiempo a visitar tres países: Níger, Burundi y Malí. Por ahora tenían un buen recuerdo de todos esos países, pues en cada uno de ellos, además de ayudar se estuvieron haciendo fotos, y también los animales les dieron un souvenir y todo su cariño. Los ciudadanos de Níger estuvieron muy agradecidos, porque además de alimento etc., les dieron libros, cosa que agradecieron mucho, porque un libro en un momento difícil, puedes ser la mejor solución y la cura más eficaz.

Ya solo le quedaba por visitar Etiopia, cuando les sucedió un problema, no había unas plazas libres en los aviones en el aeropuerto de Malí, pues a Susi se le olvidó reservar plaza. ¡Pues no se lo pensaron dos veces! Acamparon en un desierto de Malí.

Esa noche fue mágica para Susi y Paco, puesto que se dieron cuenta que se habían enamorado, pues vivieron juntos una aventura inolvidable y momentos maravillosos. Tenían muchas cosas en común... A la mañana siguiente, pidieron por favor que le vendieran dos billetes de avión que era urgente... Y es que con educación todo se consigue en la vida, ¡pues ellos lo consiguieron!

Al fin llegaron a Etiopia, se acoplaron en una aldea de las muchas que había, y como allí todos eran amigos pues pronto se llenó de animales de todo tipo. Paco intervino:

-Hola a todos, somos Paco y Susi, hemos venido a ayudaros porque sabemos que estáis pasando por un mal momento. Aquí tenéis de todo, un poco de alimento, un poco de medicinas, libros, juguetes, películas para pasar un buen rato...

-Oye, ¿por qué sois tan generosos?- preguntó una jirafa de dos años.

-Bueno, simplemente pienso que todo el mundo tenemos el derecho, igual que a la educación, tenemos derechos a que cuando vosotros los niños vengáis del colegio tengáis un trozo de pan que llevarse a la boca,

que tengáis una infancia agradable y feliz, que podáis leer, que todos en el mundo seamos felices- dijo Susi.

Todo el mundo les aplaudió y les felicitó por su bondad. Pero lo que ellos no sabían es que por allí vivía un hipopótamo llamado Hipo, que era periodista, y todo lo que hicieron Susi y Paco lo grabó y el fin de semana que viene lo iba a publicar en televisión, en una cadena llamada "Cuéntanos tu Compromiso"

Susi y Paco se fueron muy contentos porque los dos habían cumplido sus sueños, además ¡salieron en la tele!

Al final Susi y Paco fueron conocidos por el mundo como una pareja luchadora por la felicidad mundial, además de las solidarias y buenas personas que son.

Fueron un matrimonio muy feliz, se mudaron a una casa muy grande, con un jardín muy bonito y lleno de flores, con Pelusa, y una nueva mascota, la tortuga Cloti. Susi y Paco fueron las personas más felices del mundo al saber que habían ayudado a gente que verdaderamente lo necesitaban, y que ahora el mundo sabe lo importante que es ser feliz y tener lo básico

De ese año en adelante Susi y Paco iban todos los años hacer un recorrido por todos los países del mundo, seguían con su compromiso de ayudar a los demás, aunque era una tarea muy dura y difícil, conseguían los mejores resultados



MODALIDAD  
GENERAL

# La alambrada

Yose Álvarez-Mesa



No me gusta la razón de estar aquí. Es como si yo fuera la causa de la distancia y la disgregación. Pero no, no soy yo la causa, solo soy el instrumento en la mano de quien decide y manda. El que decide tendrá un porqué. Pero no es mi porqué. Por eso me rebelo y me paso por el arco del triunfo la misión que me han encomendado, y boicoteo todo lo que puedo esta imposición absurda en que han convertido mi paso por el mundo.

Separar. ¿Hay palabra más fea que esa? Apartar, aislar, confinar, hacer diferencias. Son conceptos que no van con mi forma de ser, y no es culpa mía que me hayan creado con esa intención. Me gusta el calor del que se me acerca, me gusta lo que tengo a ambos lados de mí, me gusta que en los mapas haya muchos caminos y que todo el mundo sea libre de recorrerlos Sin necesidad de alambradas como yo que impidan el paso. Me gusta la diversidad, el fluir de culturas, la amalgama de individualidades que forman ese crisol multirracial que tanto aporta a unos y otros. Es por eso que mi cometido en la vida no tiene sentido alguno para mí, va en contra de mis principios.

No obstante, aquí me colocaron y aquí debo seguir. Pero tengo opción a elegir mis objetivos, y eso es lo que hago desde hace mucho tiempo. Elegí no impedir el paso a nadie. Me cansé de ser una empalizada donde terminaban los sueños de la gente,



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

No me gusta la razón de estar aquí. Es como si yo fuera la causa de la distancia y la disgregación. Pero no, no soy yo la causa, solo soy el instrumento en la mano de quien decide y manda. El que decide tendrá un porqué. Pero no es mi porqué. Por eso me rebelo y me paso por el arco del triunfo la misión que me han encomendado, y boicoteo todo lo que puedo esta imposición absurda en que han convertido mi paso por el mundo.

Separar. ¿Hay palabra más fea que ésa? Apartar, aislar, confinar, hacer diferencias. Son conceptos que no van con mi forma de ser y no es culpa mía que me hayan creado con esa intención. Me gusta el calor que se me acerca, me gusta lo que tengo a ambos lados de mí, me gusta que en los mapas haya muchos caminos y que todo el mundo sea libre de recorrerlos sin necesidad de alambradas como yo que impidan el paso. Me gusta la diversidad, el fluir de culturas, la amalgama de individualidades que forman ese crisol multirracial que tanto aporta a unos y otros. Es por eso que mi cometido en la vida no tiene sentido alguno para mí, porque va en contra de mis principios.

No obstante, aquí me colocaron y aquí debo seguir. Pero tengo opción a elegir mis objetivos, y eso es lo que hago desde hace mucho tiempo. Elegí no impedir el paso a nadie. Me cansé de ser una empalizada donde terminaban los sueños de la gente, de ver a mi lado los cuerpos desangrados de quienes intentaron saltarme. Hombres, mujeres, niños, ancianos que buscaban cobijo en otro lado y solo encontraron un mundo

inhóspito que les cerró las puertas. Me cansé de ver dolor y desesperanza. Y me negué a seguir desempeñando aquel papel de barrera que no me había traído más que malos momentos imposibles de olvidar.

Y un día dije basta, y desprendí mis pies de la tierra haciendo un puente de civilizaciones bajo mi cuerpo de alambre. Todo aquel que llegaba a mí tenía acceso al otro lado, allá donde quisiera ir yo le despejaba el camino. Fue así como pude saber de las personas y la vida. Como me acerqué a las problemáticas y las razones de los que huyen. Como aprendí que lo que hace diferente a alguien no es dónde nace o lo que posee, sino si acepta o no acepta a los demás.

Sé que hay quien me odia por lo que represento. Es lo que más me duele, porque el odio es algo que no tiene cabida en mí y no logro acostumbrarme a él. No obstante lo asumo porque hay una cierta razón para ese odio: cada alambrada que hay en este mundo supone dolor y decepción a quien desea atravesarla. ¡Cuántos han dejado su vida en el intento! ¡Cuántos dieron la vuelta ante las dificultades, renunciando a su sueño, sin poder respirar el aire del otro lado y en el que habían puesto todas sus esperanzas!

Por eso un día decidí no ser más alambrada para poder ser puente. Y como no sabía que era imposible, lo logré. Con el paso del tiempo se corrió la voz y hoy en día ya no hay renuncias ni desolación en todo aquel que desea cruzar. El que quiere, simplemente, pasa a través de mí como si no existiera una muralla de metal y cristales que alguien puso allí para contener sus pasos indeseados. Yo determino ese punto, no quien me colocó en este horizonte sin pedirme permiso ni preguntarme si aceptaba el encargo. Yo lo decido, yo y los miles de seres que he ido trasladando a lo largo de todos estos años y que han logrado alcanzar su sueño gracias a que ninguna barrera se les puso delante.

Yo también tengo sueños. En mis sueños estoy hecha de aire, soy como un fantasma neutral que acoge a todos aquellos que quieren atravesar la línea divisoria entre un territorio y otro. Soy una tregua en el camino, donde el viajero puede abastecerse de todo cuanto necesita: guías de la ciudad, visados de residencia, nombres de los lugares donde alojarse, de las personas a las que acudir para que les ayuden ante cualquier imprevisto. En mis sueños, las alambradas son el nexo de unión, la puerta de entrada a todas partes. Es bonito soñar.

Hace mucho, mucho tiempo de aquella primera vez que vi pasar bajo mi falda a dos personas que buscaban una vida mejor. Dos muchachos,

Yousuff y Essiem, hermanos, casi unos niños. Era una noche cerrada y cuando llegaron a mí llevaban en los ojos el cansancio de un largo trayecto, iluminado levemente por la luna. Al ver mi estatura y que no disponía de medios para saltar, el más joven se echó a llorar. Las lágrimas cayeron a mis pies y sentí el óxido de aquel dolor desmedido, de aquella impotencia que no tenía consuelo. El otro muchacho se abrazó a él y quedaron un momento recostados junto a mí, el cuerpo roto, ateridos de frío, diciéndose no podemos seguir, hermano, no podemos seguir. Algo dentro de mí se rompió y la rebeldía que llevaba tiempo corroyéndome estalló en mil pedazos. Con una fuerza que no sé de dónde pudo salir, comencé a levitar, como si de repente no tuviera peso, por la zona donde estaban los chavales.

—Mira, Yousuff, la alambrada se está levantando, es un milagro—dijo el mayor de los hermanos, atónito.

—Corre, pasa al otro lado, pasa al otro lado.

Así lo hicieron y una vez logrado su objetivo, se me quedaron mirando mientras yo volvía a deslizarme hacia abajo para apoyarme de nuevo en la tierra. Me acariciaron, me abrazaron y lloraron con sus manos aferradas a mí como si tuvieran miedo de despertar de un sueño. Sus miradas eran de incredulidad y de agradecimiento, y solo entonces supe que mi misión en la vida era ver esas miradas cada día de mi existencia, pasara lo que pasara. Sentir que mi pequeño gesto era importante para alguien, que podía, en la medida de mis posibilidades, cambiar el mundo, aunque fuera el de unas pocas personas.

—Mucha suerte, muchachos —dije desde mi alma metálica y emocionada por lo que acababa de pasar. Y creo que pudieron oírme, porque escuché que Essiem decía:

—Muchas gracias, amiga, no olvidaremos lo que acabas de hacer.

Les vi alejarse despacio, felices y exultantes, haciendo planes sobre lo que harían al llegar a su destino. Observé que los guardias estaban demasiado lejos para poder verlos y me sentí tan feliz de lo que un simple acto de rebeldía había conseguido... Nada podía compararse a aquella sensación y solo tenía la inquietud de que los muchachos llegaran sanos y salvos adonde se habían propuesto. Pero eso, también pudo arreglarse: el viento, que lo había visto todo, siguió sus pasos y luego vino a contarme que habían llegado bien y encontrado una comunidad que los acogió con los brazos abiertos.

Soy aliada del viento desde entonces. Él me cuenta, me trae noticias nuevas de un lado y otro, me informa sobre aquellos que van a llegar y sobre los que veo pasar cada día en busca de su destino. Me ayudó muchas veces a entretener a los guardias mientras alzaba el puente y cuando alguna noche no hay viajeros viene a hacerme compañía y me habla de los peces, de las catedrales, de las montañas nevadas, de todo eso que él conoce y que yo nunca he visto más que en el libro abierto que él me muestra. Es un gran viajero, el viento. Y un gran amigo.

Yo suelo hablarle de mis próximos retos, de la conveniencia o no de que el resto de alambradas sepan que pueden rebelarse también. Él me dice que no todas son como yo y que cumplen con orgullo la tarea impuesta y más aún, que si el resto de alambradas supieran de mi boicot, tal vez alguna se uniría a mi causa, pero es posible también que alguna otra decidiera que soy un peligro y me delatase. Así que de momento no he tomado ninguna decisión en ese sentido, debo ser cauta o todo podría venirse abajo.

Es un buen amigo, el viento. Entre los dos formamos un equipo que une lo que otros quieren separar. Personas. Tantas personas han pasado ya por aquí... Recuerdo cada nombre, cada historia, cada mirada esperanzada del que llega sabiendo quién soy y lo que estoy dispuesta a hacer por él. Yo vigilo, busco el momento en que los guardias están lejos para convertirme en puente, ese puente que tanto necesitan para salir de un lugar donde no son felices. ¡Qué bueno sería que nadie tuviera que irse de su tierra! Que no hubiera lugares donde el hambre y la miseria son lo cotidiano. Pero mientras haya un solo ser que desee salir de un lugar donde no tiene nada para ir a otro donde no le dejan entrar, los puentes como yo seguiremos siendo necesarios.

Debo tener cuidado con los guardias que día y noche vigilan los pasos fronterizos. Si supieran lo que ocurre, me eliminarían sin más, para poner otra muralla más sólida e infranqueable. ¿Qué sería entonces de todos los que tienen puestas en mí sus ilusiones? No puedo fallarles, no, no les puedo fallar bajo ningún concepto.

Me ha dicho el viento que esta noche hay siete en camino. Estaré atenta.

# Ahalya

Maria Ángeles Mata Martínez



interrumpiendo mis pensamientos.-llamaron de su parte hace unos días, donde informaban que ella se ofreció a prestar sus conocimientos de forma desinteresada - concluyó un nudo en la garganta.

Nos abrazamos las tres, dándonos las gracias entre sollozos.

Nos despedimos. Pero no será un adiós, es un hasta luego.

Su generosidad hizo posible mi mejoría y me enseñó exactamente el significado de la palabra compromiso. Compromiso con los demás y con uno mismo. En definitiva, **el compromiso del amor por ayudar** a mejorar la vida de los que nos rodean.





ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Era una mañana de mucho calor, el verano estaba siendo especialmente duro. La ropa se me pegaba al cuerpo como si estuviera mojada y como el ventilador hubiera vuelto a estropearse, no conseguía mitigar el ambiente cargado. El abanico del que disponía, se limitaba a remover el aire sin aportar ni un mínimo de frescor.

Como mi marido se había marchado a solucionar los temas bancarios, de los que yo siempre huía a pesar de entenderlos mejor que él, me había quedado al frente de nuestro herbolario. A mí realmente me gustaba ocuparme de atender a los clientes y ofrecerles, en la medida de lo posible, nuestras alternativas naturales. Llevábamos ya el tiempo suficiente como para que las gentes de aquel pueblecito, muy poblado por inmigrantes, confiara en nuestros remedios. De hecho, muchos de nuestros clientes procedían de otras tierras como India, Pakistán, Arabia Saudita, etc. Todos nos conocíamos y todos nos ayudábamos. Y así, la vida seguía su curso natural.

Llevaba un rato peleándome con la cerradura del armario donde se encontraban las plantas medicinales más valiosas que acabábamos de recibir. Como resultaban especialmente importantes por su alto poder curativo, las solía guardar con sumo cuidado bajo la vitrina. Tras varios intentos infructuosos me di por vencida y la dejé abierta, mientras me dirigí a la trastienda para llamar a nuestro carpintero para que se pasara a echar un vistazo al mueble. Teníamos por norma no dejar la estancia de atención al público sin atención, pero aquella calurosa mañana no

había entrado nadie y pensé que sería muy mala suerte que lo hiciera justo en los cinco minutos en que iba a demorarse la llamada. Así que me marché decidida.

No tardé ni tres minutos cuando regresé nuevamente a mi puesto y la sensación de que algo no estaba bien se apoderó de mí. Mis ojos dirigieron la mirada hacia la vitrina y observé con horror que sus puertas estaban más abiertas de lo que yo recordaba haberlas dejado. Me apresuré a comprobar si faltaba algo y en ese instante una figura salió de la nada y atravesó corriendo la estancia en dirección a la puerta de salida. Corrí detrás de ella. A juzgar por su vestimenta me pareció de origen hindú, una niña que corría demasiado para que pudiera alcanzarla. En su mano llevaba uno de nuestros paquetes de hierbas.

En mi mente estaba fijado el objetivo de recuperarlo. Pasamos por una de las calles empedradas del pueblo y su calzado, poco apto para correr, la hizo tropezar y caerse.

-¡Te pillé!-le dije enfadada cogiéndole el brazo. -¡Si me das lo que has robado, te dejaré marchar! No permitiré que te lo lleves así sin más. ¿Me entiendes?

Ella se volvió hacia mí y pude ver su mirada de desesperación y cómo trataba de esconder el paquete. Lloraba e imploraba en un idioma que no conseguía entender, pero lo que sí comprendía, era el lenguaje del dolor y la tristeza. Le cogí el paquete y comprobé que las hierbas que se había llevado eran para tratar afecciones respiratorias. Evidentemente ella no estaba enferma, supuse que sería para algún familiar que no podría permitirse pagarla y mucho menos un médico.

-Muéstrame para quien es esto.- le dije.

Ella se negaba ante el temor, supongo que de quisiera denunciar, pero esa no era mi intención. Aquella niña me había conmovido y sólo quería asegurarme de que la planta que intentaba sustraerme servía para la dolencia del paciente al que iba destinada.

Llegamos a una pequeña casa, que contaba con apenas dos estancias y allí estaba la que supuse era su madre, tosiendo y aterida de frío aferrada a una manta. Le indiqué con la mirada que me acercaría y que no debían temer nada.

Durante días, estuve cuidando aquella mujer hasta que su mejoría hizo que no fuera necesario que continuara.

## DIEZ AÑOS DESPUÉS

La muerte de mi marido me dejó sumida en una profunda tristeza, resulta muy difícil seguir adelante con una vida en la que, casi desde la adolescencia, has tenido a tu lado a esa persona que te ha llenado la vida de esperanza y amor. Pero es ley de vida, somos mayores y se ha ido de este mundo.

Siguiendo el consejo de mi hija, traspasé la tienda y me fui a la ciudad con ella. Romper con todo, eso era lo que necesitaba. Aunque mis recuerdos, los llevaría siempre conmigo.

Como mi hija y mi yerno pasan la mayoría del tiempo fuera de casa por motivos laborales, estoy mucho tiempo sola y eso hace que a veces me desespere más de lo que el débil corazón de una anciana de mi edad pueda soportar. El médico, al que alguna vez en mi juventud he sido reacia a ir, me ha recomendado que me ocupe en algo que implique salir fuera de casa. Un día por casualidad leí en el periódico que el centro de atención al inmigrante albergaba a más personas de su capacidad y se necesitaba toda clase de ayuda y voluntarios. Por mi edad pensé que me rechazarían, pero no fue así.

Tras una entrevista con la directora del centro, me asignaron a un grupo de chicas jóvenes para enseñarlas a coser en el taller de corte y confección del centro para ayudarlas a buscar un trabajo de ello después. Aunque toda mi vida había estado entre hierbas e infusiones, la otra mitad, mi madre se había cuidado mucho de enseñarme a coser. Así que acepté y hoy es mi primer día.

Nerviosa entro en el pequeño espacio del que se compone mi aula, y allí tengo dos máquinas de coser con aspecto de ser tan ancianas como yo y varias telas y bobinas de hilo y sobre todo diez chicas con cara de asustadas que me miran con cierto recelo. Sólo una de ellas, está serena y algo sonriente.

Los días pasan y les voy enseñando a dibujar patrones, hilvanar, cortar las telas, etc.

Mis alumnas, resultaron bastante aplicadas y avanzamos rápido. Sobre todo la chica sonriente del primer día. Una india guapísima, de ojos marrones y pelo negro como el ébano, labios de intenso color carmín y un exótico tostado color de piel. Aunque vestía a modo occidental, su imagen guardaba vestigios de su etnia, como la lágrima en la frente, indicadora de soltería y su pureza, sus pendientes y ese pañuelo con fillos y medallones dorados que tintineaban graciosamente alrededor

de su cintura cada vez que se movía. Resultaba encantador mirarla a la vez que perturbador. Tenía una extraña mezcla de tristeza y resignación en su mirada que contrastaban con su afán por aprender, por vivir, por salir adelante. Su historia era demasiado triste para que me la hubiera narrado ella misma. A decir verdad, habría sido casi imposible que ella me contase nada, había disfrazado el intenso miedo de su llegada a España en una gran timidez que le impedía articular palabra para algo más que no fuera expresar algunas palabras de cortesía como hola, adiós y gracias, esencialmente.

Aquella chica era tan avispada, tan especial, que me resistía a conformarme con que su futuro fuera coser de sol a sol por un puñado de míseros euros. Su labor era perfecta, pero aquella chica tejía y cosía sin alma, sin amor en las puntadas, resignada, y eso se percibía en la perfección de sus pespuntos. Tenía talento, pero no para la costura, sino para algo más y tenía que averiguar para qué. Su destino estaba lejos de las agujas y los hilos de coser, al menos, de los que se utilizaban para remendar ropa.

Una tarde tras recoger los materiales de costura del cuartito que hacía de taller, descubrí su auténtica vocación: estudiar. ¡Quería aprender! Y no algo que pudiera enseñarse entre las paredes de un centro de acogida sino conocimientos adquiridos bajo la tutela de un profesorado preparado para impartir en la universidad. La chica, se estaba preparando el examen de acceso a la universidad, quería tener educación superior en tal magna institución y no precisamente en cualquiera, sino en la de Medicina.

Según me contaron, mediante becas había podido estudiar en el instituto por las noches tras pasar largas jornadas de trabajo para ayudar en casa a su madre, su heroína, aquella mujer que cargó con ella y su hermanito a costas huyendo a pie por las tierras de la India para escapar de un matrimonio concertado para su hija, demasiado joven para casarse con un viejo a cambio de dos vacas, y tres gallinas. Un escalofrío de terror en forma de desvanecimiento fue la reacción de la chica cuando supo la noticia de los labios de su progenitor. Su madre, con sumo cuidado y sabia decisión, ahorró todo el dinero que pudo y con sus hijos se fue a penar por las calles de la ciudad, los ríos que cruzaron para huir, el dinero que se gastó para pasar las fronteras, los “favores” a los que tuvo que hacer frente para que su hija, una niña al fin y al cabo, siguiera “intacta” y poder continuar su camino hacia, lo que ella denominaba la libertad. Daba igual donde acabaran, cualquier sitio sería mejor que quedarse

en su país natal bajo el yugo de un marido obcecado con prosperar aunque para ello tuviera que sacrificar la felicidad de un hogar humilde y lo que era peor, a su dulce niña, a la que había vendido como si de una mercancía se tratase, al mejor postor. La llegada a España fue dura y difícil pero tras dormir en vagones de trenes con animales, bajo puentes o casas abandonadas donde refugiarse de la lluvia, lo consiguieron. Tras un tiempo viviendo en un pueblo acabaron en la ciudad, por el afán de aprender de aquella dulce niña, ya adolescente, que se había hecho mayor antes incluso de ser mujer.

Todas las tardes la ayudaba con sus estudios, libros, métodos de aprendizaje, etc. La ayudé en todo lo que pude, pidiendo consejo a los profesores amigos que tenía, quería asegurarme de que lo conseguiría. Y sucedió, aprobó y pudo entrar en Medicina, pero la beca se hacía insuficiente, o los estudios o la estancia, las dos cosas no se podían cubrir con el, aunque abundante, insuficiente dinero que se le otorgaba.

Nunca olvidaré su expresión cuando le comuniqué que yo la ayudaría, gastaría mis ahorros de jubilada y mi pensión si era necesario para pagarle una habitación en una pensión donde alojarse los seis años de carrera. No pronunció una palabra, tan solo me abrazo y juntas lloramos un buen rato.

## QUINCE AÑOS DESPÚES

La edad ha hecho estragos en mi delicada salud, ha llegado el día que temía desde que el color de mi pelo se tornase blanco del todo y el dolor se manifestase en varias partes de mi cuerpo y que no desaparece salvo si me tomo esas pastillas que odio y que sin embargo no puedo dejar de tomar. Ya casi siento ser una carga para mi hija, la más dulce del mundo, que siempre está pendiente de mí y que a mi entender, por cuidar a su “destartalada” madre de salud quebradiza y que día sí y día también estamos en el hospital. No tenemos dinero para un buen seguro médico, y por ello, ciertas y caras pruebas diagnósticas nunca son realizadas. Mi hija nunca lo menciona, pero sé que ha lamentado más de una vez que el dinero de mis ahorros fuera a parar a aquella muchacha india del centro de acogida de la que, una vez terminados sus estudios no hemos vuelto a saber, porque así hubiéramos podido hacer frente a aquellos pagos.

Hoy hemos probado con otro hospital, uno privado. El dolor que tengo en el pecho me resulta insoportable, las medicinas que aprovisiono

en casa no me resultan de utilidad y ya desesperadas nos encontramos en una sala de espera repleta de gente que tose, estornuda y que se queja de esperar demasiado. Tras un rato esperando, una joven doctora extranjera se acerca a una enfermera y le hace una señal. Al poco nos manda llamar pese a las protestas de los allí presentes. Pasamos a una sala de examen y la doctora antes vista, nos atiende.

Tras reconocerme me envían a varias salas para realizarme esas carísimas pruebas a las que nunca he podido tener acceso. Y no sé cómo mi hija va a hacer frente a todo eso, pero no me atrevo a preguntarlo. Tras varias horas nos vuelven a citar con la doctora, que me explica que mi mal tiene arreglo, que la edad a veces hace que las cosas se agraven más de la cuenta, pero que me voy a poner bien.

Me mira dulcemente y yo creo ver algo familiar en sus ojos, en su mirada. Pero no estoy segura.

Antes de irnos, mi hija intercambia unas palabras con ella y le agradece su ayuda.

Yo me acerco sin comprender del todo de que están hablando.

La doctora me da las recetas y me explica cómo he de tomarme las medicinas y cuando me estoy despidiendo me dice que no me olvide de tomarme una infusión de las hierbas que protege el sobrecito que me entrega.

La miro desconcertada y los recuerdos se me agolpan en la mente: la infusión que me entrega es aquella que una vez una niña trató de robar de la tienda de mi marido, una de las que utilicé para ayudar a mejorar a su madre.

-Gracias.-me dice.-sin su ayuda no estaría aquí.-afirmó sonriendo.

La miro a los ojos y comprendo ella era la niña, después la adolescente que encontré en aquel centro y que ayudé a pagar su estancia en la ciudad para estudiar medicina.

-La doctora se ha hecho cargo de todo.-me dice mi hija interrumpiendo mis pensamientos.-llamaron a casa del hospital de su parte hace unos días, donde informaban que ella se ofrecía a prestar sus conocimientos de forma desinteresada - concluyó con un nudo en la garganta.

Nos abrazamos las tres, dándonos las gracias entre sollozos.

Nos despedimos. Pero no será un adiós, es un hasta luego.

Su generosidad hizo posible mi mejoría y me enseñó exactamente el significado de la palabra compromiso. Compromiso con los demás y con uno mismo. En definitiva, el compromiso del amor por ayudar a mejorar la vida de los que nos rodean.

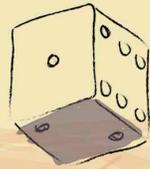
Todas las noches miro hacia la ventana y tras rezar mis oraciones, dos palabras salen de mis labios antes de dormir: Gracias Ahalya



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

# La leona que jugaba al parchis

Moisés Salvador Palmero Aranda



...me comprometí contigo  
a enseñarte que la vida no es  
un juego de azar y que haré todo lo  
que pueda para que lo aprendas. Todo dependerá  
de lo que des a los demás, lo que ofrezcas y  
hagas por ellos, porque luego recibirás de la  
vida lo que regalaste. Me comprometí contigo a  
enseñarte a cazar en tu manada sin olvidarme que  
debes seguir jugando. Me comprometí a llenar tu  
infancia de los valores, los recuerdos, las caricias,  
los besos que te ayuden a confiar en ti misma, a  
volver si te pierdes, si la  
azar, si te



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

Cuando naciste no venías con un pan debajo del brazo, traías un parchís completo, su tablero, sus fichas, sus cubiletes y, cómo no, los dados de la suerte. Sabías que tus necesidades, por fortuna, estaban cubiertas, así que desde el principio llegaste decidida a jugar con todos nosotros, moviéndonos a tu antojo por las casillas libres, los seguros, sacando y metiendo fichas, comiéndote una y contándote veinte. Desde que soñamos contigo sabíamos que nos cambiarías la vida, pero nunca imaginamos que influirías en las de los demás. A ti me debo, a ti te debemos lo que sucedió.

**Un cinco.** Me incorporé al trabajo después de la baja maternal tras tu nacimiento. El curso ya estaba a punto de terminar el segundo trimestre y lo lógico hubiese sido que Carlos siguiese ocupando el puesto de director hasta final de curso. Él se había hecho cargo en mi ausencia, pero dos días antes de incorporarme, los dados de la fortuna dejaron un poco de grava en la calzada por la que su moto transitaba a diario. Su ficha volvía a casa en el mismo momento que yo comenzaba la partida.

Toda vuelta a la normalidad se agradece y más cuando disfrutas de tu trabajo, pero saber que estabas en casa me partía el corazón. En ese momento no lo hice, solo pensé en el tiempo que perdería de estar a tu lado, sin comprender en la suerte que tenía porque la abuela podía encargarse de ti, de tener a tu padre para compartir tus cuidados, de poder regresar a un puesto de trabajo. A veces deberíamos pararnos a mirar a nuestro alrededor, levantando la vista de nuestro ombligo, pero

no lo hacemos, por eso las cosas que ocurren nos sorprenden tanto, porque no las vemos venir.

El centro apenas había cambiado pero yo lo veía con otros ojos diferentes. Te imaginaba sentada en esas sillitas de clase, jugando en el patio, bailando en la fiesta de fin de curso, comiendo en el comedor. Mi sonrisa llevaba días dibujada en mi cara y nada la hacía desaparecer. Y así me acerqué a Yasmina, subida a mi blanca nube que surcaba los cielos de la felicidad, sin pensar que pronto desaparecería bajo mis pies.

**A tiro de tres para comerme una ficha azul.** Yasmina estaba ayudando en el comedor en la hora del recreo. Preparaba las mesas, colocaba los cubiertos, entraba y salía de la cocina para recibir y ejecutar órdenes de Teresa, nuestra cocinera. Sonriendo me acerqué a ella y le dije que no podía estar allí, que en ese momento debería estar jugando en el recreo, que ese trabajo no era su responsabilidad. Me miró sorprendida, sin entender quien era yo, sin encontrar las palabras para explicar lo que ella creía ya estaba explicando. No le di opción a replica y la saqué de allí, cerrando la puerta en cuanto salió. Luego pensé que era la primera vez que la veía.

¿Sabes Teresa que no puede haber niños aquí, podrían hacerse daño y tendríamos un problema?

Lo sé Graci, pero no pude evitarlo. Al poco de empezar el curso se presentó a mí y me preguntó cuánto valía comer un día en el comedor. Le dije que solo un euro con cincuenta, pero eso debería pagarlo su madre. Me dio las gracias y se fue. A las dos semanas llegó con una bolsa llena de céntimos y me dijo que si podía pasar a comer. Se me cayó el mundo encima Graci. Esperé que todos comiesen y me senté con ella en la mesa. Le pregunté de dónde había sacado el dinero y no me lo quiso decir. Quise devolvérselo, pero tampoco lo quiso coger. Me habló de su madre, de sus problemas económicos, que no comía todos los días. Le ofrecí, sé que no podía hacerlo, lo sé, que se pasase todos los días al terminar el colegio por el comedor para darle algo de lo que sobrase. Sabes que tiramos mucha comida cada día y yo pensé que no pasaría nada. Su cara se iluminó al instante, pero luego me dijo que solo la aceptaría si me dejaba ayudarla. Quería trabajar para ganar su comida. Decía que su madre siempre se lo repetía cada día. Me contó una historia de una leona que no iba de caza, prefería quedarse tumbada a la sombra. Al final se quedó sola porque todas se cansaron de alimentarla y cuando intentó buscar alimento no sabía cómo hacerlo. Al final murió de hambre, juntó a un río. Por eso ella no quería recibir mi comida si no

se la ganaba. Pensé que nadie se daría cuenta, que no sería importante, y así llevamos todo el curso.

Durante el resto del día no hice nada más que darle vueltas a esa historia. A Teresa le dije que no podía dejarla entrar allí, no quería problemas con la inspección en el caso de que ocurriese algún accidente. Pero me sentía hundida, pensando en ti, en como la vida nos golpea sin merecerlo. La busqué en el recreo y la vi sentada en un tranco, sola. Algunas niñas se acercaban a ella por si quería jugar, pero el gesto de su cara las asustaba. A veces miraba a la puerta del comedor, como si su mundo dependiese de volver a entrar por allí. Al terminar la mañana la vi marcharse a casa, cabizbaja y fui a buscar a Teresa.

No, hoy no ha venido a por su comida – me dijo mostrándome un envase con su nombre. – Esta comida la tiraremos Graci, es una pena.

**Un tres, prefería abrir puente.** Me sentía derrotada. Tu padre y yo hablamos toda la tarde mientras tomabas tu biberón, mientras te lavábamos, mientras te hacíamos carantoñas, después de acostarte. Tu padre, y es algo que tú misma descubrirás, es más sensato que yo, más frío, más práctico. Tenía razón en su argumentación, no podía hacerme cargo de todas las niñas y niños que lo están pasando mal en casa por culpa de la situación laboral de sus padres. No puedo compadecerme de cada uno de ellos porque mi presupuesto, mis recursos se quedarían escasos. Tengo mis propios problemas, mis propias responsabilidades delimitadas y un trabajo que realizar. Alimentar a los niños no es parte de mis obligaciones. Pero él no la conoció, el no vio su cara en el recreo, ni la frustración con la que caminaba. Ni siquiera era capaz de recordar su nombre. Para él era una cifra más de las que salen en la tele cada día, de las que nos sonrojan y nos hacen estremecer, pero que luego olvidamos para seguir con nuestra vida. Tomé la decisión de ayudarla, de permitirle que siguiera trabajando en la cocina, de mirar para otro lado.

**Me comieron una ficha.** Al día siguiente no fue a clase. Ni el que vino después. Al tercer día llegué decidida a llamar a casa, pero me dijeron que no hacía falta. Su madre había venido a hablar conmigo, me esperaba en el despacho. Entré dando los buenos días y cuando se giró la reconocí. Mi mundo tembló de nuevo.

¿Ana? ¿Ana Pomares de la Torre? – Ella sonreía. También estaba sorprendida. Cuando comenzó con su historia ninguna podíamos mantener la sonrisa.

Yasmina no quería volver al colegio. Decía que prefería salir a buscar dinero en algún sitio. Su madre intentó convencerla de que ella lo

conseguiría, pero esta vez no la creyó. Habían sido tantas promesas no cumplidas que ya no confiaba en las esperanzas de su madre. Ana fue conmigo al colegio. Crecimos en el mismo barrio, pero su vida, por su talento, estaba destinada al éxito. Y lo consiguió. Tres carreras, cinco idiomas, trabajos en todo el mundo representando al Ministerio de Obras Públicas. Todos en la distancia nos alegrábamos de sus triunfos. La admirábamos porque nunca pudimos compararnos con ella. Se casó con uno de los artistas plásticos más reconocidos de este país y como no podían tener hijos adoptaron a Yasmina. Eso yo no lo sabía. Cuando lo comenté en casa, descubrí que también era vox populi. Tres años antes tuvieron un accidente. Su marido murió y ella estuvo varios meses ingresada. Su hija vivió con su hermana, pero una vez recuperada Ana pensó que podría salir adelante con su curriculum. Ya no aspiraba a grandes trabajos, deseaba vivir tranquila en el pueblo que la vio nacer, a pesar que ningún familiar le sobreviviese. Pero la suerte a veces no te sonrío cuando más lo necesitas.

El otro día fui a pedir trabajo en un almacén. Cuando me preguntaron por la experiencia les dije que no tenía ninguna. Les mostré mi curriculum y con cara de estar hablando con un ser de otro planeta me dijeron que no tenían nada de mi nivel. Les dije que no buscaba nada que se acercase a lo que ponían esos folios, solo quería trabajar, un sueldo que llevar a casa. Pero en todos los sitios es igual. Al final tendré que olvidarme de quien fui, de todo lo que conseguí, de la vida que llevé. Y no me importa, pero no puedo. Sabes, pasado mañana es el cumpleaños de Yasmina y no tengo nada que regalarle. Invitar a sus amigos del colegio ni se me pasa por la cabeza.

Ana, si quieres yo te puedo echar una mano.

No, por Dios Graci, no venía a pedirte dinero. Solo quería contarle a la directora que mi hija no quiere venir más a clase y a pedirle disculpas a la cocinera por ponerla en un compromiso. Espero que no tenga ninguna repercusión lo de la comida, pero si lo aceptaba era porque no tenía donde agarrarme.

La tranquilicé diciéndole que a Teresa no le pasaría nada y le ofrecí que Yasmina siguiese ayudando en la cocina. La niña volvió al día siguiente.

**Un seis, tiré otra vez. De nuevo un seis, volvía a tirar.** A la hora del recreo me acerqué al comedor para verla. La saludé y le hablé de su madre, de nuestra infancia. Quería que estuviese cómoda, que no viese

en mí a la mujer que le impedía salir a cazar con su manada de leonas adultas. Cuando estaba despistada dejé caer cinco euros en el suelo. Ella los encontró y se acercó.

Los acabo de encontrar Graci, se le debieron caer a alguien.

Vaya, cinco euros. Pues no se de quién podrá ser. Déjame preguntar a ver si encuentro a quién se le cayeron. – Al final del día, volví a buscarla.- Yasmina, no he encontrado a su dueño y he estado pensando que si tú los encontraste te los puedes quedar – quedó sorprendida de mis palabras, sonrió, pero luego negó con la cabeza.

No, serán de alguien que estará buscándolos. No son míos.

Sí, tienes razón. Se me ocurre, a ver si te parece bien, que como mañana es tu cumpleaños, podrías comprar con ellos algunas chucherías para dárselas a los compañeros. Así el dinero no te lo gastarías tú, sino que lo compartirías con todos los de tu clase.

¿Y cómo sabe que es mi cumpleaños? – dijo sonriendo.

Teresa que le gusta mucho hablar, ya lo sabes.

Me había costado que aceptase aquellos cinco euros, pero me sentía satisfecha. Esa tarde papá y yo te llevamos al parque para hacerte unas fotos. Estaba muy contenta y tú me lo agradeciste con tus poses. Al pasar cerca del supermercado vi a Yasmina salir cargando una bolsa. Llevaba algunos paquetes de legumbres, pero no distinguí ninguna chuchería. Me sentí decepcionada y no tenía motivo. Yo le había ofrecido esos cinco euros para que pudiese regalarle algo a sus compañeros, para que se integrase un poco más, pero ella, supongo que Ana, había preferido comprar comida. No podía culparlas, yo también habría hecho lo mismo, pero descubrir que te has equivocado referente a las prioridades de las personas me dolía.

**A tiro de cuatro para meter una ficha.** Al día siguiente, antes del recreo, según me contó Carmen, su profesora, Yasmina le pidió permiso para regalarle un chupachup a cada uno de sus compañeros. Para muchos fue muy poca cosa, acostumbrados a las bolsas repletas de chucherías que llevaban otros compañeros. Otros lo agradecieron y la felicitaron por su cumpleaños. Ese recreo no fue al comedor, lo pasó jugando a la rayuela en el patio. Antes de sonar el timbre corrió a hablar con Teresa, a pedirle disculpas por no haber ido ayudarla. La cocinera le dijo que no pasaba nada, que un día es un día, y que no se le ocurriese irse a su casa sin la comida. Yasmina sonrió.

**Un cuatro**, adentro. Ana llamó al colegio para darme las gracias por lo que hubiese hecho por ella. No sabía nada de los cinco euros, de las chucherías, de la bolsa de comida que compró su hija la tarde anterior. Yo tampoco se lo dije, pero la curiosidad se apoderó de mí.

Al día siguiente, Carmen me buscó en la sala de profesores. Llevaba una bolsa del supermercado en la mano. Aquel día era el día del kilo. Los niños llevaban comida no perecedera a clase para entregarla al banco de alimentos. Yasmina había llevado un paquete de lentejas, otro de garbanzos y otro de macarrones para entregarlos. Hice las cuentas, sume los chupachups del día anterior y la suma ofrecía un cinco redondo, al que ni le sobraba ni le faltaban un solo céntimo. En ese momento me enamoré de esa niña, envidié a Ana por la educación que le había dado, tuve miedo de no poder inculcarte esos valores a ti.

**Tiré el parchís a la basura, con sus fichas, sus cubiletes, sus dados de la fortuna. No hay tiempo para más juegos de azar.** Llamé a Ana por la tarde. Necesitaba a alguien que se quedase a cuidar de ti. La abuela se sintió un poco ofendida, pero también lo agradeció. No es lo mismo cuidarte por obligación que mimarte por cariño. Ana no pudo aguantar sus lágrimas y me dio las gracias en todos los idiomas que sabía. Me habló de una joven leona, de un río, del miedo a morir sola. Le dije que no la comprendía, pero no quiso explicarme más. No hacía falta.

Al día siguiente Yasmina apareció en el comedor con una compañera. Le dijo a Teresa que ella también quería ayudar a preparar las mesas. La cocinera la comprendió al instante y le dijo que no habría problemas. Durante tres días las dos niñas compartieron el trabajo, luego Yasmina dejó de ir. Pasaba cada día a saludar a Teresa, pero ya no recogía su comida cada tarde. Sabía que alguien la necesitaría más.

Al poco tiempo se me ocurrió que Ana podría traducirnos las fichas de clase en varios idiomas. A las semanas encontramos al padre de uno de los alumnos que era ilustrador y se ofreció a ponerles nuevos dibujos, propios del centro, originales. Al tiempo, entre ellos surgió la idea de editar un cuento sobre el parchís, luego uno de un pirata que quiso robar sal. Al proyecto se unió un experto en marketing, una en redes sociales y venta online. En tres años habían conseguido que sus cuentos se vendiesen en toda España bajo el nombre del "Abanicador de sueños". A pesar de sus nuevas ocupaciones, Ana nunca pensó dejar de cuidarte. Gracias a ella, hablas inglés como si hubieses nacido allí. A veces pienso que la quieres más a ella que a mí, pero no te preocupes, son sensaciones estúpidas de madre que quiere solo para ella las sonrisas de su hija.

Y de lo que sucedió desde que naciste, me comprometí contigo a enseñarte que la vida no es un juego de azar y que haré todo lo que pueda para que lo aprendas. Todo dependerá de lo que des a los demás, lo que ofrezcas y hagas por ellos, porque luego recibirás de la vida lo que regalaste. Me comprometí contigo a enseñarte a cazar en tu manada sin olvidarme que debes seguir jugando. Me comprometí a llenar tu infancia de los valores, los recuerdos, las caricias, los besos que te ayuden a confiar en ti misma, a tener un punto al que volver si te pierdes, si la montaña se te hace imposible de salvar, si te comen la ficha cuando estas a punto de entrar en casa. Si lo consigo habré puesto mi granito de arena para hacer un mundo más agradable, si no lo consigo no te queda otra que aprender hacer trampas cuando tires los dados, pero para eso, querida mía, no cuentes conmigo.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

# La misión de Hugo

Maria Begoña García Toledano

Estaba amaneciendo ya y, a punto de terminarlo, un escalofrío le recorrió la espalda. Era miedo. Más que miedo, pánico. Porque en ese momento se dio cuenta que faltaban 5 piezas y no las veía por ninguna parte. ¡!!!Había cinco huecos...faltaba un país en cada continente!!! Su padre había sido claro. **Si faltaba una pieza, una sola, el mundo no podría estar completo** y ese hueco sería un vacío por el que todos podríamos caer y no volver y el mundo iría desapareciendo poco a poco envuelto en oscuras tinieblas. Él mismo se acordaba de esas palabras. Pondría todo su esfuerzo y empeño en encontrarlas. Y buscó, rebuscó, volvió a





Hugo era pequeño y menudo. Había nacido con una rara enfermedad que le impedía mover bien las piernas. Cuando tuvo la edad suficiente para ir al colegio debía hacerlo sentado en una pequeña silla con unas enormes ruedas que empujaba su madre, o su padre, y a veces también sus abuelos. No tenía hermanos, por eso el primer día de cole fue especial para él. Iba a conocer a otros niños, hacer amigos, jugar con ellos... nada más lejos de la realidad. No podía andar, mucho menos correr, y los otros niños no contaban con él para que participase en sus juegos. Cuando salían al recreo la señorita Petra lo acomodaba en un rincón del patio y desde allí veía a todos sus compañeros cómo se divertían saltando, corriendo, jugando al escondite, a pelota, a la comba, a las chapas...y cada día que pasaba se sentía más y más triste. Cuando cumplió los seis años le cambiaron al pabellón de los mayores y ahí...ahí fue peor. Le empezaron a llamar "el bicicleta" por las dos ruedas que tenía por piernas.

Pero un día ocurrió algo que le hizo tremendamente feliz. Aprendió a leer. Y con los cuentos y libros aprendió a soñar. Y empezó a vivir la vida de otros. A compartir sus aventuras y desventuras. A viajar por el mundo desde su pequeña silla con enormes ruedas. Y empezó a tener amigos. Los mejores. Todos aquellos que salían en los libros, los que le llevaban por mundos lejanos, que le hacían volar, nadar, correr, saltar... que le metían en problemas para luego salir airoso de ellos. Supo de animales que hablaban, de árboles que andaban, de peces que volaban, de otros niños que se aventuraban por pasadizos oscuros y se enfrentaban a mil y un peligros para salvar el mundo...

Y así pasaba las tardes en su casa, solo, leyendo y viendo desde la ventana de su habitación a todos aquellos niños y niñas que jugaban en el parque y que parecían pasárselo muy bien sin necesitarlo a él para nada. Hasta que cumplió los 10 años.

Ese día, el día de su cumpleaños, su padre le trajo un regalo que le cambiaría la vida por completo, aunque eso él aún no lo sabía. Cuando le vio entrar por la puerta sonriente y con aquella caja envuelta en papel azul a rayas verdes, sintió la emoción de la sorpresa. No tenía el tamaño de un libro, era más grande y apenas lo tuvo entre sus manos. Notó que le recorría un hormigueo de entusiasmo por todo el cuerpo. No podía más. Arrancó el papel azul a rayas verdes, abrió la caja y se encontró con un montón de piecitas pequeñas, ninguna igual a otra, todas diferentes.

Pero, pero...papá, ¿esto qué es? ¡¡Está roto!!

\_ Es un puzzle, Hugo, pero no un puzzle cualquiera. Es un puzzle MÁGICO.

\_ ¿Un puzzle?... ¿Y eso qué es?

\_ Mira, te lo explico. ¿Ves este dibujo que hay aquí, en la parte de atrás de la caja?

\_ Sí, es el dibujo del mapa del mundo.

\_ Bueno, pues guiándote por la imagen tienes que conseguir formar ese mismo dibujo con todas estas piezas pequeñas, encajándolas unas con otras.

\_ Pero, pero...papá, si hay muchas piezas, todas diferentes, no hay ninguna igual a otra.

\_ ¡¡Exacto!! Este puzzle tiene 290 piezas. 5 de ellas forman los Océanos, 83 los Mares, y las otras 202 todos los países que existen en los cinco Continentes. Y tienes razón, en un puzzle no hay dos piezas iguales, cada pieza es única, pero si vas encajando una con otra podrás llegar a formar el mapa del mundo completo, aunque si falta alguna, una sola por pequeña que veas que es, te darás cuenta que el dibujo nunca podrá estar completo, siempre habrá un hueco y...¡ten cuidado! porque ese hueco podría ser la puerta que abriese otro mundo oscuro y vacío y, si alguien tuviese la mala suerte de caer por él, no podría volver nunca y vagaría toda la eternidad triste y solo...- dijo el padre con tono misterioso para despertar el interés de Hugo.

\_ Pero, pero...papá, ¿por ese hueco podrían caer también los libros, los árboles, los animales, mamá, los abuelos, tú...?.

\_ Todos, Hugo, todos y todo. Si dejas una sola pieza por poner, el mundo no estaría completo y, poco a poco, iríamos desapareciendo. Esa es tu misión. Hacer el puzzle y salvarnos a todos...

El padre de Hugo se alejó por el pasillo sonriendo al pensar que su hijo se tomaría muy en serio la misión y él siempre estaba dispuesto a hacer que Hugo, a falta de otros niños que quisieran jugar con él, fuese el héroe de sus propias aventuras.

Y Hugo se puso manos a la obra. Extendió todas las piezas, colocó la caja por la parte del dibujo frente a él y...le entró el pánico. ¡¡¡290 piezas!!! Todas tan pequeñas, todas diferentes y tenía que ir encajándolas una a una. "Misión imposible" (pensó). Pero decidió que no iba a rendirse antes de empezar. No. Y empezó. Y colocó las primeras piezas. Y fue buscando y encontrando y encajando unas con otras. Y al cabo de dos horas, o más, ya había formado gran parte del continente africano. Y siguió durante horas, y durante días, y allí estaba su puzzle, a punto de ser terminado y sintiéndose salvador de todo el planeta. Todos le reconocerían como un héroe. Le darían una medalla, o dos. Le invitarían a Disneylandia. Los niños querrían jugar con él sin importarles las ruedas que tenía por piernas. Y quizá, sólo quizá, esas piernas podrían moverse y saltar y correr y nadar...

Pero entonces llegó el día de la gran catástrofe. Ese día volvía del colegio contento y dispuesto a completar y terminar el puzzle, pero cuando entró en su habitación, vio la peor de las imágenes que nunca antes habían contemplado sus pequeños ojos vivarachos...Su madre recogiendo aquellas pequeñas piezas, todas diferentes, del suelo.

\_ Lo siento, Hugo, dejé la ventana abierta, entró una corriente de aire y...

¡¡¡Todo el puzzle desparramado!!! Las piezas estaban por toda la habitación, encima de la mesa, debajo de la cama, sobre las estanterías, dentro del armario...y pensó que era el fin del mundo.

Cuando consiguió reponerse de tan tamaña tragedia decidió volver a empezar. Todos los héroes encuentran obstáculos y dificultades en el camino de sus aventuras y él no iba a ser menos. Y estuvo toda la noche recomponiendo aquel mundo que se descompuso por culpa de un adulto (aunque ese adulto fuese su madre), porque esa era su misión.

Estaba amaneciendo ya y, a punto de terminarlo, un escalofrío le recorrió la espalda. Era miedo. Más que miedo, pánico. Porque en ese momento se dio cuenta que faltaban 5 piezas y no las veía por ninguna

parte. ¡¡¡Había cinco huecos...faltaba un país en cada continente!!! Su padre había sido claro. Si faltaba una pieza, una sola, el mundo no podría estar completo y ese hueco sería un vacío por el que todos podríamos caer y no volver, y el mundo iría desapareciendo poco a poco envuelto en oscuras tinieblas...Tenía que encontrarlas. Pondría todo su esfuerzo y empeño en encontrarlas. Y buscó, rebuscó, volvió a buscar, a rebuscar... pero no las encontró. Y vencido por el sueño y el cansancio, se durmió.

Cuando despertó, observó la imagen del puzzle y contempló, horrorizado, que los huecos habían crecido, eran más grandes, faltaban más piezas y que algunos países ya habían dejado de existir engullidos por su oscuridad. En África faltaba Marruecos, el desierto del Sahara, Senegal y Nigeria. En Europa ya no existía Portugal, ni Francia, ni Italia, ni Rumania. En Asia no se veía China, ni Japón. En América estaba el hueco de Canadá, el de Argentina, el de Ecuador, tampoco estaba Brasil. Y en Oceanía no quedaba ni rastro de Australia. Y los barcos caían por los huecos formados en los mares y en los océanos. ¿Y las personas, los animales y los árboles de todos esos países?...

También habían desaparecido.

Entonces tomó una decisión. La más arriesgada de su vida. Colocó su silla de ruedas junto a uno de los huecos, el más grande situado en África y, con un fuerte impulso, se dejó caer dentro. Y era tal y como su padre le había contado. Oscuro, vacío. Pero a medida que iba cayendo observó que en un rincón se amontonaban las personas, los animales, los árboles, tristes y asustados, rodeados por enormes vallas que no les dejaban salir y los tenían prisioneros de una situación más que angustiosa. Empezaron a llamarle a gritos, a pedir su ayuda, y Hugo no dudó en acercarse. Entonces se dio cuenta de que las vallas, enormes, eran las piezas del puzzle que se le habían perdido, las que no encontraba, las que fueron cayendo y arrastrando al vacío todo lo que encontraban a su paso. Fue cogiéndolas una a una y guardándoselas en el bolsillo. Cuando recuperó todas volvió a salir por el hueco por donde había entrado y sin tomar aliento, sin beber ni un vaso de agua, volvió a sentarse en su silla de ruedas, sacó las piezas de su bolsillo y empezó a colocarlas en el lugar que les correspondían hasta completar el puzzle con sus 290 piezas.

Entonces, sus asombrados ojos observaron cómo los árboles empezaban a crecer, cómo los animales corrían libremente por parajes de verde naturaleza, cómo los peces chapoteaban en las azules aguas de ríos, mares y océanos, y cómo las personas sonreían y se abrazaban al cruzarse en los caminos que unían pueblos, ciudades, países y continentes.

¡¡¡Lo había conseguido!!! ¡¡¡Había logrado cumplir su misión!!!. Había colocado todas las piezas en su sitio y había comprendido que si faltaba alguna, una sola, el mundo nunca podría estar completo.

Entonces bajó a la calle, empujó su silla de ruedas hacia el parque donde los niños y niñas jugaban, se columpiaban, reían, saltaban y corrían. Se acercó a ellos y les propuso jugar juntos.

\_ No podemos jugar juntos, somos diferentes – exclamaron varios de ellos

\_ Claro que podemos – replicó Hugo

\_ ¿Por qué? - preguntaron otros

\_ Porque no se completa un rompecabezas con piezas iguales...



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

# Callejeros

Juan Antonio Marín Rodríguez



Le bastó escuchar las primeras notas para saber que Vladimir no era un simple músico callejero. Lo sabe porque vio el brillo de los ojos al mirar el instrumento, el modo en que lo acarició, cómo lo transformó en un miembro más de su cuerpo. Los matices y acordes conseguidos al recorrer la mano sobre el mástil fueron sublimes; con la otra el arco bailó ofreciendo gran variedad de efectos como: el staccato, que permite reconocer las notas por separado, pero sin duda alguna lo que lo maravilló fue la ejecución del famoso pizzicato.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

La lluvia ha sorprendido a la ciudad. Las personas corren para resguardarse y en cuestión de un par de minutos las calles están vacías, sobre todo en la Rambla. Solo se ve gente en el Botania. Dos jóvenes que caminan riendo bajo la lluvia vestidos de época se detienen a la altura de la parada de taxis. Ella se pone a bailar y él la acompaña con música de violín.

— Esto no es lluvia. Esto es alegría— la muchacha sigue dando vueltas disfrutando del agua. Lluvia era aquello que caía en Rusia. ¿Verdad Igor?

Natasha Petrova se gana la vida como estatua viviente en la Avenida de la Estación. Está empapada, igual que su hermano Igor. Son gemelos. Él toca el violín unos metros más abajo. Ha sido una buena tarde. Antes de que empezara a llover habían recaudado casi treinta euros entre los dos, más de lo que ganaban en Barcelona hace unos meses. Estaban contentos, pero no locos, por eso se han resguardado en el Portocarrero. Dos clientes de mediana edad comparten un aperitivo en la barra del establecimiento, uno de ellos comenta una noticia de la prensa local.

— ¿Viste la programación cultural de los próximos meses? Dicen que el concierto estrella es el que darán unos rusos que viven en la ciudad. Los rusos suelen ser muy buenos músicos. Ya están las entradas a la venta.

Natasha miró de reojo la fotografía que ilustraba la noticia. No salían muy favorecidos.

Helen salió temprano de la librería de su propiedad. Cerró el portón con dos vueltas de llave y decidió dar un paseo cruzando el Cable Inglés.

Camina despacio, deleitándose con el paisaje y aspirando el aroma áspero que le trae la brisa del mar. Mira al horizonte, la luz dorada de marzo baña el puerto. Por arte de magia, el antiguo carril del tranvía a cielo abierto se ha transformado en una zona de ocio y de paseo. La librería está en la planta baja de una vieja fábrica reconvertida en oficinas y locales comerciales. Helen mira el cielo, piensa que sería mejor si continuara lloviendo. Prefiere los días lluviosos, ¿por qué no? Allí son escasos. La lluvia limpia la atmósfera y todo se ve con otro brillo. Además, la gente entra a la librería para resguardarse y siempre hay alguna venta inesperada. Mira las calles de su ciudad, aspira el aire, saluda a algún conocido. Hace por olvidar las palabras que le ha dicho el oncólogo. Ella es una luchadora y ahora debe centrar sus fuerzas en los dos proyectos que tiene en marcha. El primero, esa misma noche: la presentación del libro que escribió inspirándose en la vida de sus amigos, los Petrov, *Sueños desde el Este*. El otro, el concierto de música clásica que ha organizado con el ayuntamiento y la asociación El Retorno, desde donde ayuda a inmigrantes en situaciones adversas y que se celebrará dentro de unos meses. Se ha sentado en un banco. Todavía no sabe cuándo se lo dirá a su marido. Enciende el que lleva mucho tiempo diciendo que será el último pitillo y mientras se deleita aspirando el humo que la mata, piensa en los acontecimientos de los últimos meses.

Aquel día Helen estaba sola y algo meditabunda. No vio a Vladimir hasta que este le dijo:

—Tenga, una bonita flor para una mujer hermosa.

Y comenzó a tocar con su garmoshka una típica canción rusa.

Ella le agradeció tanta amabilidad. Lo conocía de vista desde hacía tiempo porque tocaba por distintos lugares en la ciudad. Poco tiempo después lo vio entrar en la librería y se saludaron. Desde entonces fue un cliente que entraba de vez en cuando para comprar alguna novedad literaria y ella le facilitaba algunas publicaciones en ruso. Pronto entablaron amistad. Una tarde, Vladimir entró pálido en el negocio. Lo había parado la policía para pedirle la documentación. Él se excusó diciendo que la había dejado en casa, que no la llevaba encima porque había sufrido un atraco hacía tiempo y desde entonces le daba miedo que se la quitasen. Era falso. Vladimir, al igual que Natasha e Igor, estaba en situación ilegal. Los guardias lo conocían de verlo tocar en el Paseo y en la Rambla, sabían que era una buena persona, un hombre tranquilo y afable con el público. Esa vez tuvo suerte y la policía dejó correr el asunto. Pero la próxima...

Natasha, Igor y su padre, Vladimir, son rusos. Les da igual lo que piense la gente. Saben que los rusos son como el resto del mundo, aunque en las películas los pinten como mafiosos. ¿Sabes qué fui primera bailarina en el Bolshoi?, suele preguntar Natasha cuando alguien le reprocha o la insulta por mendigar unas monedas a cambio de unos pasos de ballet. Natasha ya no baila como antes. Una tragedia en su Barnaul natal. El cóctel entre juventud y vodka, una noche, después de una actuación. Un accidente de coche del que solo sobrevivió ella. Una vértebra lumbar aplastada y la pierna derecha rota por varios sitios destrozaron su brillante carrera como bailarina. Pero, al menos le quedó la música, porque también tocaba el piano con maestría. Igor asiente a todo lo que Natasha dice. Él toca el violín desde los cuatro años. Su madre murió cuando cumplían los doce, pero Natasha le escribe cartas para que siempre sepa de ellos. Helén leyó alguna, emocionada, cuando preparaba el libro que se presenta esa noche. Natasha, casi siempre, mentía un poco en ellas para que su madre se sintiera bien y no se preocupara.

*Padre está bien, continúa con sus achaques pero ya bebe menos. Ha cambiado nuestro querido vodka, por el vino español de bodegas Torres. "Calienta igual, pero perjudica menos", nos dice. No se preocupe, es nuestro padre y le debemos respeto. Y sabemos que se acuerda mucho de usted.*

*Barcelona es una ciudad bonita. Si la viera madre... está llena de oportunidades. Pero tal vez nos vayamos a Almería, que dicen que será aún mejor. Aquí hace mucho calor y tiene mar. El mar es precioso y bañarse en él produce una sensación tan agradable... Nos olvidaremos de la nieve y los abrigos. Le gustaría verme con las blusas escotadas y los brazos al aire. Me han dicho que en Almería hay una agrupación cultural y hasta una tienda con productos rusos. Un amigo que estuvo allí me dijo que se llama Almería Po Rusky. Nada más llegar iré a comprar comida para celebrarlo. Haré borsch, golubzí y arenque bajo el abrigo, que es mi favorito. Igor y yo estamos bien, no se preocupe. Vamos con trabajo seguro, yo sigo bailando y los dos nos abrimos camino en la música que usted nos enseñó a amar. Reciba un beso muy grande allá donde Dios la haya llevado de su hija.*

Los recuerdos que fluyen de los muchachos son imágenes de frío, hambre, tristeza, sobre todo desde la muerte de la madre. Vladimir era profesor en la Escuela de Música número 5. Llegó a ser director de la Orquesta Nacional de Moscú. Tocaba el violín y el piano con un sentimiento especial que no dejaba a nadie indiferente. Su compositor favorito era el húngaro Liszt. Ni él mismo creyó que llegara a identificarse tanto con su música porque al principio le parecía exagerada, artificiosa y un

poco inconexa, pero luego supo hacerla suya y acabó adorándola. Sin embargo, pese a la pasión del padre por la música, fue la sensibilidad de la madre la que los guió por el camino del arte.

Llegaron a España dos años atrás. Al principio, Vladimir se opuso a la idea de que abandonaran su Rusia natal. No creía en los países desarrollados. “España es un país lleno de oportunidades. Ya lo verás —le decían sus hijos—. Piensa en la vida que llevamos aquí, cada vez más dura. Los inviernos, más fríos y la esperanza de sobrevivir, una ardua tarea”. Vladimir, tras la muerte de su mujer, había comenzado a beber en exceso. Dejó de ser el hombre que era, se volvió inconstante, violento y pronto perdió su trabajo en el conservatorio y dejó de tener oportunidades. Entonces tuvo que ganarse la vida tocando por las heladas calles de la ciudad. Poco era el dinero que lograba y lo gastaba en vodka y cigarrillos.

La muerte de la madre, en cambio, hizo que los hijos continuaran, con más entusiasmo aún, los estudios musicales. Lo hacían en honor a ella y pronto llegaron a formar parte de la orquesta de cámara de Barnaul. Una gira por España, Francia y Portugal les dio la oportunidad que andaban acariciando. Una vez cumplidos los contratos en la península, decidieron dar el paso y se quedaron. Su padre vino poco después. Ya habían visto bastante de nuestro país y lograron convencerlo. Todo parecía como un cuento de hadas: buen clima, buenas casas, coches, ropa y dinero. Se ganaba mucho dinero. En un mes, un trabajador medio ganaba lo que en Rusia tardaría cuatro meses o más. España les ofrecía lo que dos jóvenes con ideales podían soñar. Fue en Barcelona donde tomaron la difícil decisión de no regresar a la madre Rusia. Quedaron maravillados con las Ramblas, el Palau de la Música, y admiraron la grandeza de la obra de Gaudí: La Sagrada Familia, la iglesia de los pobres. Empezaron a tocar en la plaza de la Catedral y en el metro. Acudían cada día a Santa María del Mar a rezar y respirar el remanso de paz que se podía acariciar en su interior. Al cabo de un mes ya se habían adaptado a la ciudad. Pero la vida no era, al cabo tan fácil. Los sueños no se cumplían como pensaban. Conocieron a otros músicos callejeros y alguna estatua viviente y, eso les dio una idea para sobrevivir haciendo lo que sabían hacer y hacerlo dignamente. Pero la vida era cara y después de un tiempo, decidieron trasladarse al sur y probaron fortuna en Almería.

Helen escuchó los apuros de Vladimir, supo de sus hijos, del talento de la familia. Trató con todos, escuchó sus historias. Sabía que con un contrato de trabajo se podría regularizar su precaria situación. Después de unos días, se decidió a hablar con su marido sobre ellos. Pedro aceptó tener una entrevista con el hombre.

Pedro era asesor de cultura de un importante organismo oficial. Musicólogo de afición y abogado de profesión. Durante años había estudiado a los grandes maestros de la música, tanto compositores como instrumentistas. Sabía reconocer el talento cuando lo tenía delante. Pedro oyó los suaves golpes en la puerta de su despacho y levantó la vista. Helen entró.

— ¿Estás ocupado? —le preguntó.

— Adelante, pasa —respondió con una sonrisa abierta.

— Acaba de llegar Vladimir, el hombre del que te hablé el otro día.

— ¿Vladimir...? Ah, sí. El músico callejero. ¡Qué pase!

Vladimir entró despacio, estrechó con fuerza la mano de Pedro y se sentó frente a él. Pedro le habló de la finca que había comprado en Tabernas, que necesitaba a un encargado y un peón agrícola para llevarla. Le harían un contrato y tendría un sueldo acorde con el convenio del sector. Debería residir en la casa y tendría un día libre a la semana. Vladimir no escuchaba, llevaba minutos mirando al stradivarius que adornaba aquella habitación. Pedro se dio cuenta.

— Me comenta mi esposa que es usted músico.

Le ofreció un coñac y se sentaron en los sillones para estar más cómodos. Vladimir se fue animando a hablar, defendía que el pasado es el mejor maestro, extraño y exigente, y que está ahí para recordarnos que el arte es un don que, a veces, imparte lecciones olvidadas en la nostalgia de las notas de un pentagrama. Pedro se levantó, abrió la urna donde estaba expuesto el valioso violín y se lo entregó al músico, que lo acarició con mimo, lo acopló al hombro y empezó a tocar.

Le bastó escuchar las primeras notas para saber que Vladimir no era un simple músico callejero. Lo sabe porque vio el brillo de los ojos al mirar el instrumento, el modo en que lo acarició, cómo lo transformó en un miembro más de su cuerpo. Los matices y acordes conseguidos al recorrer la mano sobre el mástil fueron sublimes; con la otra el arco bailó ofreciendo gran variedad de efectos como: el staccato, que permite reconocer las notas por separado, pero sin duda alguna lo que lo maravilló fue la ejecución del famoso pizzicato.

Algunas de las amistades de Helen no entendían muy bien porque perdía el tiempo en la asociación. Primero intentaba explicarlo, pero luego dejó de hacerlo. Le daba igual lo que pensarán. Helen vive entre libros. Los vende y también los escribe. Empezó a hacerlo de niña. Sabe que no es fácil de creer, pero el primer recuerdo que tiene es el de su

madre contándole cuentos durante el embarazo. Su profesora de literatura decía que habían dos clases de escritores: los buenos y los malos, y que la diferencia entre hacerlo simplemente bien y tener arte, era sutil. Helen tenía el don.

Además de trabajar en la finca, la familia Petrov ensayaba durante un par de horas diarias y ella se ejercitaba con su pluma y cuadernos. Se hicieron amigos. Helen les prometió que escribiría sobre ellos. Y al final consiguió la historia de sus fantasías, de sus infancias en Rusia, de sus miserias, sus miedos... Le contaron que vivían en la oscuridad, que comían lo que podían, y que el resto del tiempo lo dedicaban a estudiar música. De los tres, Igor era el más reservado, con una distancia en la mirada que lo hacía un ser especial. La primera vez que vio a su padre completamente borracho ya era un concertista de renombre. Una tarde mientras regresaba del conservatorio, Vladimir trataba de tocar el violín para los turistas a fin de conseguir algún rublo con el que comprar más alcohol. Lo reconoció pero no se detuvo. Huía de alguien inconveniente y molesto para un artista como él. Se avergonzaba de su padre, el borracho que malgastaba su talento. Ahora se arrepentía. La vida había sido muy dura para todos.

Helen fue cumpliendo sus proyectos. La enfermedad le daba la tregua que necesitaba para verlos hechos realidad. Primero fue la publicación de su libro, que cosechó una excelente acogida durante la presentación y, luego, una venta más que aceptable. Después, el concierto. Por fin, se vería cumplido el sueño de dos jóvenes rusos que llegaron a España buscando un porvenir mejor, un futuro que les brindase la oportunidad de sobrevivir dignamente.

Sobre el escenario del Auditorio Maestro Padilla, dos sillas con sus correspondientes atriles, junto a un piano, esperaban impacientes a que comenzara el acto. Entre bambalinas, tres personas aguardaban, nerviosas por demostrar su valía, que todo el esfuerzo y el sacrificio realizados hubieran merecido la pena.

A la hora en punto Igor y Vladimir salieron al escenario con sus violines. El de Vladimir era especial, un stradivarius que hacía mucho tiempo que no salía de la protección de una vitrina. Ocuparon las sillas, mientras Natasha se sentaba en la banqueta frente al Steinway & Sons. En las butacas de primera fila, Helen cogió la mano de Pedro y ambos se miraron a los ojos; ella sabía que esa noche sería especial. Se besaron.

Suenan los aplausos a rabiar. El auditorio, puesto en pie. Veinte minutos de ovación sincera y merecida.

Helen murió una madrugada, con las manos de su marido cogiendo la suya. Mientras hacía efecto la medicación contra el dolor, a su mente acudió la música suave de un violín.



ကမ္ဘာ့ကမ္ဘာ

